

Selección



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

CLARK CARRADOS

LA SANGRE DEL DIABLO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

291 — El difunto quiere vengarse, *Adam Surray*.
292 — ¡Ha llegado Satán!, *Clark Carrados*.
293 — Excursión al mundo del terror, *Joseph Berna*.
294 — Locura en la madrugada, *Ralph Barby*.
295 — La succión de las Mujeres-Vampiro, *Curtis Garland*.

CLARK CARRADOS

LA SANGRE DEL DIABLO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 296
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 27.415 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

El mundo estaba poblado por una cantidad ilimitada de primos. Era un descubrimiento que Terry Styles había hecho algunos años antes y los hechos le daban la razón en un noventa por ciento de los casos.

El uno por ciento restante se componía de los fracasos surgidos en las naturales excepciones. Pero ello no hacía desanimar absolutamente a Styles. Cada vez que encontraba a un primo, lo celebraba como correspondía, lógicamente siempre en agradable compañía y con la ayuda de algunas botellas de buen champaña. No obstante, Terry solía mantener siempre la cabeza serena y jamás, ni siquiera en los momentos de mayor intimidad, dejaba traslucir la forma en que había conseguido el dinero para la celebración.

Por otra parte, era lo suficientemente discreto como para no hacer demasiada ostentación de lujo, lo que podría atraer la atención de algún celoso representante de la ley hacia su persona. Vivía bien, con todas las comodidades, pero su coche era de un tipo común y corriente en el mercado. De haber sido más presuntuoso, se hubiese comprado un coche europeo, pero Terry sabía que no era conveniente y prefería favorecer la industria nativa.

En cierta ocasión, cuando expresó sus pretensiones a un «cliente», éste le echó a rodar escaleras abajo. Terry se dijo que tomaría el desquite y lo hizo cuando llegó el momento adecuado.

Cuarenta y ocho horas más tarde, un atildado sujeto, vestido con ropajes oscuros y que usaba unos anticuados lentes de pinzas, llamó a la puerta de la casa y preguntó por su dueño, míster Phileas Enning. Terry contestó afirmativamente y preguntó al individuo por el objeto de su visita. El visitante dio un nombre y manifestó representar a una importante firma de abogados, la que tenía en depósito un testamento, otorgado muchos años antes y cuyos términos favorecían en todo a míster Phileas Enning. El pasante pidió a Terry una identificación y éste le enseñó su permiso de conducción y la tarjeta de la Seguridad Social. El pasante dijo también que el monto total de la herencia ascendía a unos veinticinco mil dólares, que sólo esperaban la firma del heredero para serle reconocidos como de su legítima propiedad. Terry firmó —naturalmente, había tenido tiempo para imitar bastante bien la firma de míster Phileas Enning—, y recibió el testamento y un cheque por la aludida cantidad.

Aquella misma mañana, cobró el cheque en efectivo. Por la tarde, volvió a casa de Enning, se deshizo de los ropajes y la peluca que había utilizado para ocultar su pelo negro, aunque la guardó consigo, y tras dejar todo en orden, llevó a, Enning a su cama. Míster Phileas Enning estaba bajo la acción de un potente narcótico, que le había propinado Terry con el desayuno. Naturalmente, Enning no llegó nunca a enterarse de que le habían birlado nada menos que veinticinco mil dólares.

Y Terry no lo sintió, porque Enning era un avaro, detestado por la mayoría de los habitantes de la población en que residía. Muchos de ellos le debían dinero, prestado a un interés exorbitante. Terry se dijo que era como una especie de reparación. El viejo se lo merecía, qué diablos.

Terry celebró el golpe en la forma acostumbrada. Tenía una antigua conocida, de unos treinta y dos años, rubia, de cuerpo bien dotado por la naturaleza y experta en las artes amatorias.

La rubia sabía que Terry se dedicaba a los negocios, aunque ignoraba cuáles eran esos negocios y, avispada y discreta, jamás se lo había preguntado. Cada vez que Terry realizaba uno, solía recibir mil dólares para trapos. Bastaba que Terry la llamase, para que ella olvidase todos sus compromisos y acudiese a la llamada como el reno macho acude a la llamada de la hembra en la época del celo.

El siguiente golpe estaba destinado a una tal Valentina Rodd, de la que, según costumbre, Terry había estudiado minuciosamente sus costumbres. Tenía otra dama en perspectiva, Aura Holty, pero le faltaban un par de datos que esperaba completar en las próximas semanas antes de decidirse a actuar. Por tanto, Valentina Rodd era su próximo objetivo.

* * *

A Valentina todas sus amistades la llamaban Nina. Era una muchacha de gracioso aspecto, lista y rápida de mente. Nina, sin embargo, empezaba a sentirse más que harta de la vida en aquel pequeño pueblo, donde las perspectivas eran poco menos que nulas. Sin embargo, era lo suficientemente sensata para darse cuenta que ir a la capital en busca de una mejor situación, podía conducirla a la catástrofe, por lo que, de momento, seguía en el pueblo, en espera de la ocasión propicia.

Nina vivía en una casa que había sido de sus padres. Poseía unas tierras arrendadas y con la pequeña renta y el trabajo como cajera del único supermercado de la localidad, tenía lo suficiente para vivir con desahogo.

Aquella tarde, como de costumbre, regresó a su casa ya anochecido, porque la primavera aún estaba por empezar. Abrió la puerta y se quitó los chanclos y el impermeable en el vestíbulo. En el mismo momento, brilló un relámpago en el cielo, se oyó un trueno y, a los pocos segundos, empezaba a diluviar.

Nina entró en la salita y encendió las luces. Un tanto preocupada, se dio cuenta de que la lámpara del rincón estaba desconectada y el lugar, por tanto, se hallaba en sombras. Avanzó un par de pasos u entonces se dio cuenta de que allí había algo más que sombras.

—No temas —dijo el hombre—. He venido a ayudarte, no a causarte ningún daño.

Nina respingó.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Tengo infinidad de nombres, pero puede llamarme Angel. —Terry soltó una risa estremecedora, muy bien ensayada—. Hubo un tiempo, en la infinidad del mundo, en que fui un ángel caído.

—¡El Diablo! —exclamó Nina sin poder contenerse.

—Así me llaman los que me quieren mal. En realidad, no soy tan malo como dicen. Si lo fuera, no estaría aquí.

—Y ¿qué es lo que quieres, Ángel?

—Anunciarte una buena noticia. Con una compensación por tu parte, claro.

—¿Un demonio, anunciando buenas noticias? ¿Esperas que me crea eso?

Un trueno retumbó en las alturas. La lluvia repiqueteó furiosamente contra los cristales de las ventanas.

Súbitamente, Nina vio aparecer un papel ligeramente humeante en las manos del hombre que aún permanecía en la penumbra.

—Este es el contrato. Lo firmaremos con mi sangre —dijo Terry cavernosamente—. Dentro de una semana, vendré a —pedirte diez mil dólares.

—Estás loco...

Una pluma, que goteaba rojo, apareció en la otra mano de Terry.

—Firma —insistió.

Por un momento, Terry creyó que Nina iba a picar. Súbitamente, la muchacha rompió a reír.

—Tú no eres un demonio —exclamó.

—Te equivocas...

—He hecho la señal de la cruz disimuladamente. Tendrías que haber escapado, Ángel, o como quiera que te llames.

—Antes de una semana, recibirás una importante y satisfactoria noticia económica. Este contrato no te obliga ante las autoridades. Ningún juez terrenal lo aceptaría en un litigio...

Nina frunció el ceño. Alargó una mano y tomo el documento.

—Muy bien —dijo, después de leerlo—, pero si eres de verdad el demonio, ¿para qué necesitas el dinero? ¿No puedes hacer, con un chasquido de dedos, conseguir que aparezca una bolsa llena de monedas de oro?

—Tengo que acomodarme a las épocas —respondió Terry, solemne.

—Sí, me lo imagino... Eso que gotea de tu pluma, ¿es sangre?

—En efecto.

—La sangre del diablo.

—Sangre de los que osaron engañarme, después de firmado el pacto.

—Eres terrible, Ángel. Pero dame la pluma...

Nina firmó. Sus dedos se mancharon de rojo y buscó un pañuelo para limpiárselos.

—Ahora, quiero verte la cara —dijo.

Terry dio un par de pasos hacia adelante. Nina vio a un hombre alto,

corpulento, de rostro delgado, aunque no huesudo, con las cejas picudas y un bigote negro sobre el labio superior. Vestía frac, con corbata roja, de lazo, y llevaba una larga capa que casi le cubría hasta los pies.

—¿Me has visto bien?

—Sí. Oye, yo pensé que el diablo sería más feo...

—Tonterías de los que nos quieren mal y nos pintan con cuernos, rabo y patas de macho cabrío. Nina, voy a hacerte una advertencia.

—Sí, Ángel.

—Necesito esos diez mil dólares, para personas en apuros, no para mí, como puedes comprender. Ya te dije antes que no soy tan malo como cree la gente. Algunos merecen mi ayuda.

—Eres un tipo filantrópico —rió la chica.

—Como gustes, pero si no cumples tu parte del pacto, la sangre de mi pluma, que ya se ha gastado en la firma, será suplida por tu propia sangre. Esa que manchó tus dedos llevaba ciento veinte años en la pluma, ¿comprendes?

Bruscamente, Terry movió la mano derecha. Nina vio surgir una espesísima nube de vapor, que olía ligeramente a azufre. Cuando el humo se disipó, Terry había desaparecido.

Un nuevo trueno estalló en las alturas. Nina, muy preocupada, se preguntó si habría estado soñando.

Al día siguiente, llevó el pañuelo a un farmacéutico amigo suyo. Este le dijo que, efectivamente, la sangre del pañuelo era humana.

* * *

Diez días más tarde, Nina recibió la visita de un circunspecto abogado, el cual la informó que, tras laboriosas pesquisas, había conseguido localizarla como única heredera de una anciana dama, fallecida hacía ya algunos años, lejana parienta suya y que, en cumplimiento de sus disposiciones testamentarias, tenía el alto placer de hacerle entrega de un cheque de ciento cincuenta y nueve mil ochocientos veintiséis dólares, con treinta y dos centavos, además de los títulos de propiedad de una casa y sus tierras, situada en el estado de Delaware. Naturalmente, la cantidad mencionada en el cheque se entendía después de abonados los derechos legales correspondientes, aparte de la minuta y honorarios de la firma de abogados que había llevado el caso.

Flotando en una nube de color rosa, Nina firmó en los documentos que el abogado había traído consigo. Cuando se quedó sola, pensó de inmediato en aquel simpático demonio que se le había presentado bajo el nombre de Ángel.

—Pues sí, se ha ganado sus diez mil dólares para obras de candad — se dijo—. Aunque un demonio, haciendo obras de caridad, debe de ser la cosa más extraña del mundo.

Pero cumpliría su parte del pacto. Ahora, de momento, decidió, iría a

visitar la propiedad de Delaware. Luego volvería al pueblo, vendería todo y...

* * *

Renqueando de la pierna derecha, apoyada en el bastón, la mujer entró en la salita y accionó el interruptor de la luz.

Una lámpara no se iluminó. La mujer volvió los ojos hacia aquel rincón y divisó una sombra oscura.

—No temas, Aura Holty —dijo Terry Styles—. Soy el demonio y he venido a anunciarte un cambio de fortuna.

La mujer le miró sin pestañear.

—El demonio —repitió.

—Sí. Muy pronto recibirás buenas noticias. Pero a cambio...

De repente, Aura lanzó una estridente carcajada.

—¡El diablo! —dijo—. Cuántas veces le he invocado... Tenía que acudir un día u otro, naturalmente.

Terry se quedó parado, aunque reaccionó enseguida.

—He esperado el momento adecuado para acudir a tus llamadas —manifestó con la voz cavernosa y lúgubre que empleaba para aquellas ocasiones—. Y aquí estoy...

—Sal, que te vea un poco mejor. No irás a tener miedo de una pobre mujer, supongo.

Terry lanzó una carcajada con los estridores que habría empleado el diablo, de haberse personificado en la tierra.

—¿Miedo?—Avanzó un par de pasos—. Mírame, Aura.

—Y mírame tú también —dijo ella—. Si eres el diablo, ¿puedes cambiar mi aspecto?

CAPÍTULO II

A pesar de su hábito de hacer frente a situaciones comprometidas, Terry no pudo por menos que sentir un estremecimiento de horror.

Había dos cicatrices en el lado izquierdo de la cara de Aura y su párpado izquierdo estaba caído de tal modo que casi impedía la visión del ojo de aquel lado. Su pelo era ralo, nada lustroso y hasta se apreciaban algunas canas. Al abrir la boca, enseñó varios huecos dentarios. A Terry le pareció la mueca de una bruja.

Aura aparentaba quince años más de los que tenía en realidad, que no rebasaban los treinta y dos o treinta y tres. En las manos se advertían también varias señales de heridas antiguas y cicatrizadas irregularmente. ¿Qué le había pasado a aquella mujer?, se preguntó.

Irguió el torso.

—No tengo poderes para cambiar tu aspecto instantáneamente y convertirte de nuevo en la mujer hermosa y deseable que fuiste en tiempos —dijo al cabo—. Pero sí puedo ofrecerte los medios para que lo hagas por ti misma.

—¿Cómo? —preguntó Aura.

—Dinero.

La mujer entornó el párpado sano.

—Eso me permitiría la cirugía plástica. Cuanto más dinero, mejor restauración de mi cuerpo.

—Claro —sonrió Terry.

—¿Cuánto dinero?

—Doscientos ochenta y siete mil. Más dos casas, que puedes vender y por las que podrías obtener fácilmente cincuenta o sesenta mil dólares más.

Ella le miró recelosamente, todavía encorvada por tener que apoyarse en el bastón.

—Vas a pedirme mi alma a cambio —dijo.

Terry volvió a reír.

—Eso no me sirve ahora de nada —contestó—. Te daré dinero... y tú tendrás que darme luego a mí veinte mil dólares.

—¿Es lo que vale mi alma? —preguntó Aura, burlona.

—Cuando tomo la figura humana, debo comportarme en un todo como un ser humano. Pasaron los tiempos en que hacía chasquear los dedos y surgía una bolsa con monedas de oro.

Hace quince, veinte mil años, compraba favores a cambio de colmillos de mamut, de tigre de dientes de sable, de oso de las cavernas, de pieles... Ahora se emplea el papel moneda.

—Sí, tienes razón. ¿Cuándo me darás el dinero, demonio?

—Llámame Ángel. —Después de explicar los motivos por los que empleaba aquel nombre, añadió—: Otro te traerá el dinero. Yo vendré a

visitarte dentro de un par de semanas. Y tú cumplirás tu palabra.

—La cumpliré —prometió Aura.

Terry no cometió la imprudencia de preguntar a la mujer qué le había sucedido. Un diablo, se dijo, debía estar enterado del pasado de las personas a las que visitaba. Ciertamente, él ignoraba aquel detalle... pero, si era necesario, lo averiguaría.

Por otra parte, Aura no parecía muy decidida a comunicarle lo que le había ocurrido en tiempos. Lo mejor era callar, se dijo.

La ceremonia de la firma se realizó en idénticas condiciones que con Nina Rodd. Luego, Terry se envolvió en una nube de humo, que olía a azufre, y desapareció de la vista de Aura.

Si hubiera sido un diablo auténtico, habría podido ver lo que sucedió a continuación. Aura blandió el puño y, dirigiéndose a un auditorio invisible, dijo:

—Pronto conoceréis el sabor de mi venganza. No os perdonaré a ninguno de vosotros... y todos padeceréis mil veces más que lo que yo tuve que padecer. Lo juro... —dudó un momento y agregó—: ¡Por la sangre del Diablo!

* * *

Había asistido a una función de teatro en compañía de una amiga y, a la salida, se metieron en una cafetería cercana, a tomar un piscolabis. La noche, sin ser demasiado desapacible, no invitaba tampoco a pasear por la calle. Caía una fina llovizna, que abrillantaba el asfalto y, de cuando en «cuando, soplaba una fría racha de viento que enviaba miles de diminutas gotitas de agua contra los ventanales del local.

Allí, sentados en un semirreservado, con mamparas que separaban cada mesa, Nina y su amiga charlaron de temas personales. Llevaban un año sin verse y la amiga de Nina quería saber qué había sido de la vida de ésta, tras convertirse en una mujer adinerada. Nina le contó a grandes rasgos lo que hacía y añadió que se sentía muy satisfecha con su actual género de existencia.

De pronto, en la mesa contigua, sonó una risa femenina. Un hombre rió también, acompañando a la mujer en su hilaridad. Nina frunció el ceño, porque tenía buena memoria y le parecía recordar la voz del hombre.

—Vamos, hombre, no me tomes el pelo —decía ella—. ¿Crees que me trago todo lo que me has dicho? Tú lo que quieres es...

Nina se sofocó al oír la crudeza de la frase que acababa de pronunciar la mujer. Pero el hombre habló a continuación:

—Tú eres muy mal pensada —dijo, con acento dolorido—. Me gustaría probarte la sinceridad de mis palabras... Si una firma valiese...

—Sí, con sangre —se burló la mujer.

—¿Por qué no? Con mi sangre firmaría yo un pacto...

Nina se puso rígida. Ahora ya no le cabía duda. Reconocía absolutamente la voz. De pronto, con gesto impulsivo, se puso en pie.

—Eh, ¿adónde vas? —se asombró su amiga.

—Vuelvo enseguida, no te preocupes.

Nina caminó con aire natural hacia el mostrador y eligió a un barman que le pareció adecuado, un hombre de casi cincuenta años, medio calvo y con aspecto de saber todo en este mundo.

—Sí, señora —dijo el barman.

Nina miró a través del espejo. Sonrió. Podía ver, no sólo a su amiga, sino a la pareja que estaba sentada en la mesa contigua.

—¿Conoce usted a aquel caballero? —preguntó—. Sí, el que está con la rubia del vestido rojo...

—Oh, el señor Styles. Un cliente muy apreciado, señora.

—¿Sabe usted dónde vive?

El barman se concentró un instante. Al fin, citó una dirección. Nina le dio dos billetes de cinco dólares.

—Hace algunos años, el señor Styles me hizo un inmenso favor —sonrió—. Deseo devolvérselo, pero, se lo ruego, no me mencione.

—Como usted desee, señora,

El barman comparó mentalmente. La rubia del vestido rojo era de formas ampulosas, ficticiamente dengosa, con la piel muy blanca, debido a que no veía el sol en los días de su vida.

En cambio, aquella joven, de pelo claro, rostro tostado por la vida al aire libre, movimientos fáciles y aire resuelto, ofrecía un contraste realmente gratificador para la vista. El barman no dudó en hacer su elección: se quedaba con la joven.

* * *

A las diez de la mañana siguiente, Nina tocó el timbre de la puerta de una casa de apariencia modesta, pero no miserable ni mucho menos. En tiempos, se dijo, le habría gustado tener una casa como aquélla.

La puerta se abrió. Un hombre dijo:

—Vaya empezando, señora Baxter. Yo me vuelvo a la cama.

Nina sonrió, Terry Styles se alejó, arrastrando los pies, mal cubierto por la bata. Ella entró y cerró la puerta. Se quitó el impermeable y los guantes, dejándolos junto al bolso que había quedado sobre una silla situada junto a la entrada.

Luego, maquinalmente, se alisó la falda, retocó un poco el pelo y avanzó taconeando en busca de la cocina.

Minutos más tarde, un fuerte olor a café bien cargado invadía la casa. Nina llenó una taza y se encaminó al dormitorio.

—Mmmm... —dijo el durmiente, tendido de costado y cubierto sólo a medias por las revueltas ropas de cama.

—El café, Ángel.

Hubo un largo momento de silencio. Luego, Terry, lentamente, se sentó en la cama y miró con ojos hipnotizados a la hermosa muchacha que tenía frente a sí.

—Usted —dijo al cabo.

Nina sonrió, a la vez que le entregaba el café.

—Vístase, Ángel; le espero en la cocina —manifestó.

* * *

Terry llegó diez minutos más tarde, completamente despejado, peinados los cabellos negros, en mangas de camisa, en silencio, tomó la segunda taza de café. Luego se encaró con la chica.

—¿Vas a denunciarme? —preguntó.

Nina sonrió maliciosamente.

—Dijiste que era un contrato que no podía ser sujeto a litigio. Además, me hiciste un enorme favor. Te ganaste los diez mil dólares, Ángel... Terry Styles.

—Y sabes incluso mi nombre.

—Anoche estabas en el Mirth's con una rubia de aspecto vacuno. El barman me informó de tu nombre y dirección.

—Ese canalla de Joey... Pero ¿cómo me reconociste?

—Tu forma de reír, la voz... La mención de firmar con sangre un contrato... Aunque, claro, esta vez no dijiste que ibas a emplear sangre del demonio.

Terry emitió una risita de circunstancias.

—Bueno, a ti ya no te puedo engañar —dijo.

—¿Cómo lo haces? La pluma goteante, el humo... Porque, al menos, la pluma es de ave...

—Y muy gruesa y con un depósito interior cargado de auténtica sangre humana, a la que he añadido un anticoagulante.

—Oh, muy ingenioso.

—En cuanto al humo, brota de un depósito especial oculto bajo la manga derecha. Me lo prepara un amigo químico, pero yo he añadido a la mezcla una cantidad de gas narcótico muy pequeña; lo justo para que la persona afectada pierda parcialmente la conciencia durante dos o tres minutos.

—Y así, claro, Ángel desaparece tras la nube de humo de azufre...

—Un bonito truco, ¿verdad?

En los hermosos ojos de Nina bailaba la risa.

—Presiento que no he sido la única a la que ha visitado Ángel —dijo.

—No, no eres la única.

—¿Hay gente que se lo cree, Terry?

—¿No te lo creíste tú?

—No, si he de serte sincera. Impresiona mucho, ésta es la verdad.

Pero luego sospeché, en parte, lo que había pasado... y como después me visitó un abogado para comunicarme una importante herencia... Me imagino que tú ya lo sabías, ¿verdad?

—Sí.

—indagas por los registros...

—Y busco a los favorecidos por herencias que, en muchas ocasiones, se consideraban perdidas.

—Bueno, podrías informarles de ello a cambio de una módica recompensa...

—Ya lo hice.

—¿Y...?

—Cuando el tipo cobró la herencia, fui a visitarle. Me dio con la puerta en las narices. Entonces se me ocurrió la idea de hacerme pasar por el diablo. Nina, no sabes la cantidad de gente crédula que hay en este mundo.

—Parece mentira...

—Hay gente capaz de comprar el Empire State Building, el Unión Pacífico, la estatua de la Libertad, la base de Cabo Cañaveral o los derechos de peaje de los barcos fluviales en el Mississippi. En realidad, ha sucedido; se han realizado estas estafas. Y, a principios de siglo, hubo un tipo que compró un tranvía eléctrico particular. Bueno, que creía haberlo comprado, hasta que le sacaron de su error.

—¿Vives de esto, Terry?

—Podría decirse que sí, Nina.

Ella le miró fijamente.

—Pero no te pareces ni de lejos a Ángel —objetó.

—No es difícil cambiar el aspecto fisonómico. Bigotes, cejas postizas, lentillas de color rojizo, para las pupilas...

—Y el traje.

—El traje forma parte también de la *mise en scéne*.

—Perdona un inciso, Terry. ¿No has sentido nunca el deseo de trabajar en algo decente?

—¡Trabajar! —se horrorizó él—. ¡No blasfemes! Trabajar... cuando se puede vivir sin dar golpe...

—Bueno, pero es que, para lo que haces, tienes que moverte, indagar...

—Claro, pero lo hago a mí aire, sin horario fijo. Y así conozco gente, viajo y veo paisajes nuevos.

—Lo que haces no es honesto, Terry.

—Puede, pero tampoco es ilegal.

—En sentido estricto, no lo es. Pero no es ético.

Styles se encogió de hombros.

—Peor sería que les dejase sin un centavo. A ti te proporcioné más de ciento cincuenta mil dólares y una bonita casa en Delaware, creo.

—Muy bien, pero ¿no te parece que el abogado habría terminado por

encontrarme de todos modos?

—Sí, pero yo me adelanto siempre. Nina, esto no falla sino en muy raras ocasiones. Ha pasado más de un año desde que nos vimos. En este tiempo, aparte de ti, me he hecho pasar por Ángel tres veces más. En total, cincuenta y cinco mil dólares, sin contar con los diez mil tuyos. Después de esto, ¿quién iría a manejar una sumadora o una máquina de escribir ocho horas al día?

Ella emitió una clara sonrisa.

—En cierto modo, no puedo por menos de simpatizar contigo. Terry, ¿qué tal la rubia vacuna?

—Oh, se merece un establo auténtico. Ya la he olvidado. —Terry estudió un instante el rostro de la muchacha—. A ti te va muy bien la vida del campo.

—No puedo quejarme. Decidí cultivar las tierras que hay detrás de la casa. He progresado bastante u espero progresar más todavía. Sobre todo, cuando consiga unas tierras que lindan con las mías y que aumentarían aún más la extensión de la propiedad. Pero la dueña está ausente y no se sabe dónde. He tratado de buscar a Aura Holty por todos los medios...

—¿Has dicho Aura Holty? —preguntó Terry, muy rígido.

—Sí. ¿Acaso la conoces?

—Ángel la visitó también. Detrás de ti, un par de semanas más tarde.

—Vaya, entonces sabes dónde vive.

—Si no se ha mudado de domicilio, sí. ¿Quieres que vaya a verla en tu nombre?

Nina vaciló un poco.

—Si no tuviera que volverme hoy...

—No te preocupes. Yo haré la gestión en tu nombre. En cuanto sepa algo, iré a visitarte a tu casa de campo. Sin trucos ni plumas llenas de sangre del diablo.

Nina se echó a reír.

—Ven siempre que gustes —contestó—. Supongo que no es necesario que te indique mi dirección.

—Buscaré en mi agenda secreta.

Ella le tendió la mano.

—Encuentra a la señora Holty —pidió—. Esas tierras me interesan muchísimo, Terry.

CAPÍTULO III

El coche se detuvo en las inmediaciones del pueblo que se veía al otro lado de la colina, no lejos de un lago cuyas aguas, a causa del cielo nublado, parecían de plata. La conductora contempló pensativamente al hombre que segaba por el primitivo método de la guadaña.

La conductora miró a derecha e izquierda. Parecía haber pasado un siglo... y, sin embargo, no habían transcurrido más de cinco años desde...

Inspiró con fuerza. A su derecha tenía algo cubierto con una tela. Había llegado el momento de hacer la primera prueba.

—¡Eh! —gritó.

El segador suspendió su tarea un momento y alzó la cabeza. Desde el coche, Aura Holty agitó una mano.

—Venga aquí, buen hombre —llamó.

Ethan Reel se secó el sudor de la frente con la manga de su camisa y avanzó lentamente hacia el coche. Cuando estuvo junto al vehículo, sintió un terrible sobresalto.

—Dios... No puede ser...

Aura sonrió de un modo espantoso.

—Podría decirse que he vuelto del infierno, ¿verdad, Ethan?

Reel se quitó el sombrero y lo retorció con las manos.

—Yo... Bueno, le diré... No quería... Me pareció una barbaridad...

—Eres un inmundo mentiroso, un repugnante hipócrita, Ethan Reel —dijo ella despreciativamente—. Tú eras de los que más gritaban...

Aura cerró los ojos un instante, evocando las horribles escenas que se había producido en aquel pueblo cinco años antes. No, su sed de venganza no se había extinguido aún. Jamás se extinguiría; duraría hasta que todos los culpables hubiesen pagado la deuda que tenían con ella. Pero consiguió sonreír.

—De todos modos, lo he olvidado. —Alargó la mano y cogió un frasquito de metal—. Trabajas demasiado, Ethan; creo que te conviene un traguito de buen coñac.

Reel tomó el frasco y desenroscó el tapón. Llevó el gollete a los labios y bebió nerviosamente.

—Es muy bueno —dijo.

—Celebro que te guste —sonrió Aura—. ¿Cómo están los demás?

—Bien, trabajando...

—No prosperan demasiado, ¿eh?

Reel hizo un gesto ambiguo.

—La vida, aquí, es muy dura... —De pronto, se agitó con fuerza—. Diablos, este coñac...

Aura le miraba fijamente. Reel parecía haberse convertido en una estatua.

—Ethan —llamó.

—Dime, Aura.

—Ráscate la nariz.

Reel obedeció. Ella se echó a reír. Alargó la mano, levantó el trapo y agarró la cosa oculta hasta aquel momento.

—Ethan, toma esta cuerda —dijo—. Haz un lazo y cuélgate de aquel roble.

Reel dio media vuelta en silencio. Morbosamente satisfecha, Aura lo vio acercarse al roble y trepar para sentarse en la horquilla, a dos metros del suelo. Sentado, preparó el lazo y luego fue corriéndose por la rama, hasta quedar en un punto que se hallaba a tres metros del suelo. Ató el otro extremo de la soga y luego, sin vacilar, saltó al vacío.

La cuerda se tensó, cuando los pies de Reel estaban sólo a unos centímetros de su cuello. Aura observó la grotesca mueca que, súbitamente, desfiguraba la cara del sujeto. La rama osciló por el peso, de tal modo que los pies llegaron a rozar ligeramente la hierba. Luego volvió a subir. Las rodillas de Reel ascendieron un instante casi hasta su pecho. Su cuerpo sufrió un par de violentísimas sacudidas. Luego, lentamente, se quedó inmóvil, aunque giraba poco a poco en ambos sentidos, derecha, izquierda... Un hililllo de sangre surgió por la comisura de sus labios y resbaló por el cuello, manchando la camisa.

Empezaron a caer gotas de agua. Aura puso en marcha el motor, maniobró para virar y arrancó sin hacer demasiado ruido.

—Volveré —prometió.

Al llegar al punto más alto de la cercana pendiente, paró el coche un segundo y se volvió. La silueta del ahorcado empezaba a difuminarse a causa de la neblina acuosa que se arrastraba por los campos, rebosantes de húmedo verdor.

Luego pisó el acelerador y se lanzó a fondo.

—Volveré, Limewaters —dijo de nuevo.

* * *

—Tengo esta proposición, señora Holty —dijo Marcus Haegerley, el único abogado del pueblo—. Me ofrecieron dos mil seiscientos dólares por la casa. Es todo cuanto he podido conseguir durante este tiempo. Y, si le he de ser sincero, presumo que no conseguirá ofertas más altas.

—Entonces, me aconseja que venda.

—Sí, señora.

Aura vaciló un instante.

—De acuerdo —dijo al cabo—. Aún debo tener algunas cosas personales en la casa. Iré a buscarlas y mañana le enrejaré las llaves. Esta noche dormiré allí...

—Mañana firmaremos los documentos y le entregaré el cheque,

señora Holty. Y... ¿me permite decirle una cosa?

—Por supuesto —accedió Aura gentilmente.

—Su cambio... es muy notable. De no haber sido por sus documentos y por ciertos detalles personales... yo no la hubiera reconocido.

Aura sonrió.

—Hoy día, los buenos cirujanos hacen milagros —contesto, a la vez que se ponía en pie.

—Sí, eso debe de ser.

Mientras Aura iba hacia la puerta, Haegerley la contempló casi con deseo. Quizá se notaba aún la cojera, si uno se fijaba mucho... pero el detalle pasaba desapercibido cuando uno se ponía a contemplar los innegables encantos que atesoraba aquel cuerpo tan bien formado.

Minutos más tarde, Aura llegaba a la casa en que había vivido durante más de tres años. Sacó la llave del bolso, abrió y cruzó el umbral. Olía a moho y a humedad. Era la consecuencia lógica de haber estado cerrada durante un año largo, en realidad casi dieciséis meses.

De pronto, oyó ruido en el interior. Avanzó rápidamente y vio a un hombre que registraba uno de los cajones de la cómoda.

Aura se había prevenido contra una eventualidad semejante y sacó algo de su bolso.

—Levante las manos —ordenó.

Terry Styles respingó primero. Luego giró en redondo, con los brazos en alto, y sonrió.

—No he venido a robar, señora —manifestó.

—No, ¿eh? Entonces ya me dirá qué hacía en una casa que no es la suya.

—Busco a su dueña, simplemente.

—¿Busca a la dueña? —repitió Aura.

—Así es. ¿La conoce usted?

Aura sonrió de un modo peculiar.

—Dígame, ¿para qué la busca?

—La señora Holty posee unas tierras en Limewaters. Hay una persona interesada en comprarlas, para así agrandar su propiedad, eso es todo.

—Ha dicho Limewaters —se sorprendió Aura.

—Exactamente, señora. ¿Sabe usted dónde está la señora Holty?

Ella volvió a sonreír.

—Oiga, usted y yo nos hemos visto antes, me parece —dijo.

—Lo dudo mucho. Una vez estuve en este pueblo, pero no hablé con usted...

—¿Está seguro, Ángel?

Terry se quedó como petrificado. Empezaba a comprender la verdad. Su mente se negaba a admitir lo que tenía frente a sí, pero sabía que aquella hermosa y atractiva mujer era Aura Holty.

—De modo que no era el demonio. —Aura rompió el silencio, a la

vez que dejaba el bolso sobre la consola, para extraer una pitillera.

Terry lanzó una risita hueca.

—Funcionó, me parece —dijo. Buscó su encendedor y prendió el cigarrillo que Aura se había puesto en los labios—. Al menos, usted lo creyó en aquellos momentos.

Aura le echó el humo a la cara.

—Por lo menos, me dio lo que quería: dinero, para cambiar mi aspecto personal. He gastado casi la mitad de la herencia, pero valía la pena, creo.

—Valía la pena, en efecto —corroboró Terry.

Del rostro de Aura habían desaparecido aquellas horribles cicatrices. Ahora tenía la piel tersa, suave, aterciopelada... El párpado izquierdo había vuelto a su posición normal y la cojera apenas resultaba perceptible. Aun con aquel abrigo de entretiempo, Terry podía apreciar la firmeza de los senos, altos, henchidos, la delgadez de la cintura y la rotundidad de las caderas, que se prolongaban hacia abajo en unas piernas largas y magníficamente formadas.

—Los médicos hicieron un buen trabajo —añadió.

—Pasé largos meses sometida a unos sufrimientos como no se puede imaginar. Pero si no hubiera sido por la visita de Ángel, no habría podido realizar mi más caro deseo.

—En tal caso, lo celebro infinito. Y ahora, volviendo a...

—Antes de hablar de negocios —le interrumpió ella—, vaya a mí coche y entre el equipaje. Verá también una bolsa con provisiones. Tomaremos un bocadillo, haré café... Ah, también he visto leña. Creo que un poco de fuego no estorbaría.

—En absoluto —exclamó Terry entusiasmado.

* * *

Era ya de noche y las llamas ardían alegremente en la chimenea. El calorcillo había disipado la sensación de humedad de la casa. Tendido sobre la alfombra, Terry, con un cigarrillo en una mano y una copa de coñac en la otra —había ido a comprar una botella—, miró a Aura, sentada en una butaca próxima, con las piernas cruzadas. Aquella postura le permitía ver el broche del portaligas negro. Sí, se dijo, en poco más de un año, Aura se había convertido en una mujer de un tremendo atractivo físico.

—Así que quieren comprar las tierras de Eaton Hill —dijo ella, después de una chupada al cigarrillo.

—Sí. La dueña de Barnhut House piensa que así puede conseguir una propiedad agrícola más rentable. Mencionó su nombre, yo dije que la conocía... y me encargó la buscase para iniciar las negociaciones. Cuando llegué al pueblo, me sentí muy decepcionado. Dijeron que se había marchado hacía más de un año y que desconocían su paradero... Por eso estaba

registrándolo todo, para ver si encontraba algo que me permitiese dar con usted.

—Me ha encontrado, no cabe la menor duda —sonrió Aura—, Terry, en su opinión, ¿cuánto puedo pedir por las tierras de Eaton Hill?

—No lo sé, no soy experto en esa clase de ventas. Tendrá que consultar con algún agente... y hablar con la compradora.

—Hace cinco años, valían unos seis mil dólares. Ahora, con la depreciación de la moneda y demás, podríamos añadir el veinte por ciento.

—Siete mil doscientos.

—Más o menos.

—Se lo diré y vendré a traerle la respuesta.

—Me marcho mañana de aquí.

—Oh... Pero me dejará su dirección.

—Déme la suya. Yo me pondré en contacto con usted... digamos dentro de dos semanas. He vendido también esta casa, ¿comprende?

—Muy bien, como quiera. —Terry sonrió—. ¿De veras no está enojada conmigo?

Ya le había explicado el truco empleado.

—Aquella visita valía, efectivamente, los veinte mil dólares que le di después —contestó Aura.

De pronto, dejó el cigarrillo en el cenicero y se arrodilló junto al joven.

—Terry, ¿cómo me encuentras?

Sobrevino un instante de silencio. Luego, él dijo:

—Maravillosamente hermosa.

—¿Lo crees así?

—¿Quieres que te lo jure?

—Quiero que demuestres la sinceridad de tus palabras.

—Dime cómo y lo haré...

Sonriendo incitantemente, Aura empezó a soltarse los botones de la blusa. Terry se enderezó.

Una tras otra, todas las prendas de ropa que cubrían el hermoso cuerpo de Aura fueron lanzadas a un lado. Luego, se tendió boca arriba en la alfombra. Un lado del cuerpo era rojo, por las llamas de la chimenea. El otro, era blanquísimo. Pero resultaba un espectáculo irresistible... y Terry no había sido jamás insensible a los encantos del bello sexo.

—Tienes que contarme cómo se ha operado en ti esa fantástica transformación —dijo ardientemente, a la vez que se tendía a su lado.

Ella le echó los brazos al cuello. Con las bocas muy juntas, murmuró:

—Algún día, Ángel, algún día... Pero tú fuiste el que me hizo ver la vida con nuevas perspectivas...

Suspiró largamente.

—Ángel, no hablemos más —agregó cálidamente—. En estos momentos, no es necesario hablar.

Terry la abrazó apasionadamente.
—No es necesario hablar —concordó.

CAPÍTULO IV

En Limewaters duraba todavía la conmoción producida por el suicidio de Ethan Reel. Nina lo comprobó al apearse del jeep en que había viajado hasta el pueblo, para comprar algunas provisiones y pertrechos que necesitaban para su granja. El tiempo húmedo e inseguro hacía que tuviese que viajar con la capota del jeep puesta.

Vestida con chaquetón, jersey de cuello alto, pantalones y botas, Nina cruzó la acera y entró en el almacén general de Abner Peastley. No lejos de la puerta había algunos corrillos de hombres que, sin duda, comentaban el horrible suceso.

Nina se acercó al mostrador. Peastley, un hombre de cincuenta y tantos años, amable y simpático, fue hacia ella de inmediato.

—Buenos días, señorita —saludó—. Aunque eso no es más que un decir... Con este tiempo tan infame...

—Sí, pero a mí me va bien para mis tierras —respondió ella jovialmente. Sacó un papel del bolsillo del chaquetón—.

Mientras me prepara el pedido, iré al Banco —anunció.

—Tendrá todo listo para cuando regrese, señorita —prometió el tendero.

Nina contestó con una sonrisa y dio media vuelta. De pronto, pareció recordar algo.

—Abner.

—Dígame, señorita.

—Esos hombres que están en corrillos ahí afuera... Parecen muy preocupados...

—Algunos tienen motivos para estarlo. La mitad, si no más, intervinieron en el linchamiento de Aura Holty.

—¡Un linchamiento! —respingó la muchacha.

—Así como suena... Bueno, otros lo llamarían lapidación, como en los tiempos bíblicos.

Nina entornó los ojos.

—Apostaría algo a que está hablando de un adulterio —murmuró.

—Cierto. Oh, fue algo horrible... Yo mismo quise impedirlo, pero estaban como locos y alguien me arreó un terrible estacazo en la cabeza y me hizo perder el sentido. Cuando lo recobré, todo había pasado ya. No estoy seguro y Dios le haya perdonado, pero juraría que fue Reel el que me dio el golpe con la estaca.

—Debió de ser espantoso —dijo Nina—. Matar a una mujer, sólo por adúltera... No está bien engañar al esposo, pero vivimos en otros tiempos, ¡caramba!

—Algunos no piensan como usted. Y el esposo, menos todavía.

—¿Vive el marido?

—Yo diría que fue el causante de todo, porque quería quedarse con las tierras de Eaton Hill, esas que lindan con su propiedad. Ciertamente, Aura, su esposa, era un tanto ligera de cascos... Muy guapa y desenvuelta, sí, señor, y hasta es posible que se acostase con alguien que le gustaba. Pero lo que hicieron con ella... Isaac, el esposo, enfureció a la población en contra de su mujer... Aquí hay gentes terriblemente puritanas... No le faltaron ayudas en aquella salvajada... La pobre Aura fue perseguida como una alimaña, apaleada, apedreada... Finalmente, pusieron su cadáver en una barca y o echaron al lago.

Nina se sintió horrorizada al escuchar aquel relato.

—Es la primera noticia que tengo —manifestó.

—Bueno, a la gente de Limewaters no nos gusta hablar de ese suceso que, aun cometido por sólo unos cuantos, avergüenza a todos. Usted me comprende, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Qué fue del esposo, Abner?

—Pues ahí está lo curioso del caso. Todos creíamos que lo había provocado, para quedarse con las tierras... Aura era la propietaria de todo, y él, a decir verdad, era un parásito de su esposa... Bien, Isaac desapareció a los pocos días y no se le ha vuelto a ver el pelo. —Peastley meneó la cabeza—. Un suceso algo horripilante, señorita —añadió—. Algunas mujeres se comportaron como verdaderas arpías. Nunca he visto nada semejante, un salvajismo horrible, una falta de piedad absoluta... Creen cumplir todos los preceptos bíblicos, pero olvidan el principal: perdonar los pecados.

—Sí —murmuró Nina, muy impresionada—, Pero eso es porque se creen libres de pecado y piensan que pueden arrojar la primera piedra.

Peastley soltó una risita amarga. —

—Libres de pecado —repitió—. Algunos... Pero no quiero seguir, porque cada vez que pienso en ello, se me revuelve el estómago. Ethan Reel fue uno de los más activos. Desde que murió Aura, ya no ha vuelto a ser el mismo. Creo que no pudo resistir más; le devoraban los remordimientos y acabó por colgarse de un árbol.

Nina miró al comerciante con simpatía.

—Gracias por todo, Abner, a pesar de que me ha dado una noticia poco agradable —dijo.

—Bueno, es que la historia no tiene nada de agradable, señorita.

—Oh, no me refería a eso. Yo quería comprar las tierras de Eaton Hill, pero si la dueña murió, no sé ahora a quién poder dirigirme. Suspiró.

—En fin, tendré que empezar a investigar.

—Sí, al menos, se supiera dónde está Isaac Holty...

—No serviría de nada. Legalmente, se cometió un asesinato. El criminal no puede heredar a la víctima. Las tierras siguen perteneciendo a Aura... bueno, a sus herederos, si los tiene —dijo Nina. Agitó una mano—. Volveré más tarde, Abner.

—Sí, señorita.

Al salir a la calle, Nina contempló una vez más los corrillos de hombres que cuchicheaban temerosamente. Se preguntó cuántos de ellos habían intervenido en la lapidación de Aura Holty. «Esos lo lamentarán todos los días de su vida», pensó.

* * *

El mal tiempo había cesado y el cielo era azul y resplandecía. Los campos estallaban de verdor. Aparecían ya las primeras flores silvestres. Lo único que desentonaba en aquel idílico paisaje era el petardeo del tractor que se acercaba a la casa.

El tractor arrastraba un remolque en el que viajaban dos hombres. Al llegar al patio, junto a los establos y los graneros, Nina paró el motor y saltó al suelo ágilmente. Mientras se descalzaba los guantes, ordenó:

—Descarguen todo y váyanse a almorzar. Continuaremos más tarde.

Los dos peones asintieron. Nina fue hacia la casa, dobló la esquina y entonces vio a un hombre jugando con su mastín.

—¡Terry! —gritó.

—¡Hola, Nina! —Saludó el joven—. Tu perro y yo nos hemos hecho la mar de amigos...

El mastín ladró alegremente y empezó a saltar alrededor de la muchacha. Nina le hizo unas cuantas fiestas y luego tendió su mano al joven.

—Estás desconocida, con estos ropajes de campesina —sonrió él.

—No hay nada como la vida campestre —contestó Nina alegremente —. ¿Quieres almorzar conmigo?

—Acepto encantado. —Terry arrugó la nariz—. Apuesto algo a que hay un pollo alimentado naturalmente, sin esas porquerías que les echan ahora y que hacen su carne algo insípida...

—Los huevos son fresquísimos y el tocino procede de mi propia despensa. Tengo un vino delicioso, pan hecho en casa...

Terry puso los ojos en blanco.

—Me dan ganas de contratarme como peón —dijo.

Nina abrió la puerta. Terry vio una casa modesta, pero limpia, con muebles antiguos, suelo de espejeantes baldosas rojas y una gran chimenea con campana de piedra. Al fondo, se veía una escalera, con pasamanos de madera oscura y brillante, que conducía al piso superior. Nina fue a un armario, sacó una botella y un vaso y los dejó sobre la mesa que había en el centro.

—Sírvete a tu gusto. Avisaré a la cocinera que prepare dos cubiertos.

—¡Caramba, cocinera y todo! Has sabido prosperar... Nina se volvió, con un pie en el primer peldaño.

—Bueno, es cocinera, doncella y ama de llaves, todo en una pieza. Y también tengo dos empleados —contestó, muy satisfecha—. Pero si hubiera podido conseguir las tierras de Eaton Hill, quizá habría podido darte ese

empleo que dices te gusta tanto,

—¿Y quién te dice que no las podrás conseguir, Nina?

—La dueña, Aura Holty, murió hace cinco años.

Terry se quedó con el vaso a medio camino de la boca.

—¿Quién te ha contado esa historia tan fantástica, Nina? —exclamó, sin poder contenerse.

—Alguien que presenció su muerte...

—¡Absurdo! —Terry lanzó una estentórea carcajada—. Aura Holty está viva, tan viva como tú y como yo y dispuesta a venderte las tierras de Eaton Hill.

* * *

Terry persiguió con el tenedor el último trozo del cuarto huevo frito, se lo metió en la boca, añadió un poco de pan con mantequilla y lo hizo pasar todo al estómago con un trago de buen vino de California. Después de limpiarse los labios con la servilleta, miró satisfecho a su hermosa anfitriona.

—Diablos, Nina, creo que no había comido así desde mi más tierna infancia —dijo.

—Celebro que te haya gustado —sonrió ella, a la vez que apoyaba los codos sobre la mesa—. Y ahora, si te parece, hablemos de Aura Holty.

—Muy bien. —Terry se puso un cigarrillo en los labios. Ofreció uno a la muchacha, pero Nina lo rechazó con leve gesto—. La encontré, hablé con ella y accedió a la transacción, por el precio de siete mil dólares. Al contado, claro. Si andas escasa de numerario, por haber invertido tu capital en el negocio, yo podría ayudarte...

Nina hizo un gesto con la mano.

—Te lo agradezco, pero creo que no será necesario —contestó—. Tengo que decirte algo, Terry. Cuando me anunciaste que Aura Holty seguía con vida, me quedé francamente sorprendida, porque, como todo el mundo en Limewaters, la creía muerta. Pero luego he estado pensando... y se me ha ocurrido que quizá hayas tratado con una impostora.

—No, no es una impostora —aseguró Terry.

—Bien, dime en qué te basas para estar seguro de que Aura sigue viva.

—Perfectamente. ¿Recuerdas el día en que te visitó Ángel?

—Es difícil de olvidar —sonrió Nina.

—Tenía otra «cliente» en perspectiva. La visité dos semanas más tarde. Heredaba casi trescientos mil dólares, libres ya de todo impuesto, y dos casas. Tenía la cura destrozada, llena de cicatrices; el párpado izquierdo caído, una cadera defectuosa... Incluso, a sus treinta y dos años, tenía ya canas en el pelo... Era un monstruo, créeme.

—¿Y...?

—Aquella mujer se llamaba Aura Holty. He vuelto a verla hace dos

días escasos. Está totalmente transformada. Se ha pasado más de un año entrando y saliendo de los quirófanos.

—Pero... has podido equivocarte... o ella te ha engañado...

—¿Cómo iba a engañar también a los habitantes de Armsburgh? Cuando yo fui a verla, haciéndome pasar por el diablo, vivía casi en la miseria. Antes, claro, había estado en el pueblo, adquiriendo informes con la mayor discreción. Nadie me conocía, nadie me había visto allí antes... y nadie me vio aquella noche, cuando fingí ser el diablo. Te digo que era Aura Holty.

—Sí, entonces, sí. ¿Y ahora?

—Es ella, no me cabe la menor duda. Además, hay una razón para creer en su identidad.

—¿Cuál es esa razón, Terry?

El joven se frotó el mentón con gesto pensativo.

—Me rogó que no dijese nada a ninguna otra persona excepto a la compradora. Aura añadió que te pidiese a ti también discreción. No expresó los motivos, pero está claro que quiere que la gente siga creyendo que murió, ¿no te parece?

—Puede ser —admitió Nina.

—Entonces, yo no comprendí las razones de su petición porque ella no quiso explicármelas. Pero ahora sí me doy cuenta de que le interesa que sigan creyendo en su muerte

—Es posible, Terry. De todos modos, si volviese al pueblo, no creo que le pasara nada. Han transcurrido cinco años... aunque quizá lo haya hecho como medida de precaución.

—Seguramente. En su pellejo, yo también me haría pasar por muerto. Pero ¿qué le sucedió, Nina? ¿Lo sabes tú?

—Aura fue lapidada por adúltera.

Terry sintió que se le caía la mandíbula inferior.

— ¡Oh, no! Esas cosas no pasan actualmente.

—En Limewaters, sí. Incluso te diré más todavía, Terry Hace una semana escasamente, uno de los que tomaron parte más activa en aquel horrible crimen, Ethan Reel, se colgó de un roble, abrumado por los remordimientos. Todavía sé comenta el suceso por las calles de Limewaters. Yo misma he visto los corrillos de los hombres que hablan en voz baja

Algunos, créeme, lo lamentarán mientras vivan. Es más su esposo, Isaac, desapareció a los pocos días del crimen y no se le ha vuelto a ver jamás.

Terry se puso en pie lentamente y caminó hacia la ventana. Desde allí, a través de los árboles, se veía la espejeante superficie del lago.

—Una lapidación, en pleno siglo XX y en un país que se proclama el más civilizado de la tierra... ¿No resulta algo increíble, Nina?

—Sí, pero sucedió, Terry.

De pronto, el joven giró en redondo.

—Si Aura está viva, es porque sus asesinos creyeron que había muerto. Y en tal caso, debieran haberla enterrado, ¿no te parece?

—La creyeron muerta. Su cuerpo fue situado en una lancha y arrojado al lago.

Terry asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Ella no está ahora en Armsburgh, puesto que ha vendido la casa que tenía allí —dijo—. Sin embargo, conozco su dirección. ¿Puedo decirle que aceptas él precio?

—Sin dudarlo un instante —contestó Nina—. ¿Cuándo irás a verla?

Terry consultó su reloj de pulsera.

—Hace un tiempo espléndido —sonrió—. Déjame pasar un día en el campo. Si quieres, iré al hotel...

—Hay habitaciones de sobra —contestó ella—. Pero no se te ocurra representar otra vez el papel de Ángel.

—¿Porqué? Ya no necesito sacarte el dinero...

Nina se puso en pie. Maliciosamente, dijo:

—Ahora podrías querer otra cosa.

Terry se echó a reír.

—Jamás haría eso con una buena amiga —contestó.

—¿Y con las malas amigas?

—Ah, ése es mi secreto.

Ambos se echaron a reír. Luego Nina añadió:

—Afuera encontrarás una hamaca. Yo tengo trabajo. Tú puedes echarte una buena siesta al sol.

—Sí, dormiré muy bien... sabiendo que tú trabajas como una hormiga —contestó Terry jovialmente. El almuerzo le había hecho sentirse optimista como nunca. Pensando en la cena, se tendió en la hamaca, colocó el sombrero encima de los ojos y, a los pocos momentos, dormía como un bendito.

CAPÍTULO V

Asaph Weaver se puso a temblar apenas vio a la mujer, situada junto al automóvil.

—Me reconoces, ¿verdad? —dijo ella.

Weaver tragó saliva.

—Sí... sí...

—Di mi nombre, Asaph. Quiero oír cómo lo pronuncias.

—A... Aura Holty...

Ella sonrió perversamente.

—Me gusta oírte hablar así, Asaph. Pero no temas, no he venido a vengarme.

Le ofreció el frasco de metal.

—Bebe para celebrar nuestro encuentro —dijo.

Weaver desenroscó el tapón con dedos temblorosos.

—Asaph, ¿te acuerdas cuando nos acostábamos en el granero? Tú te divertías enormemente, pensando que engañábamos juntos a los respectivos cónyuges... Mi esposo, el parásito de una mujer guapa y ardiente... lo mismo que tú sigues siendo el parásito de Hazel Weaver, doce años mayor que tú, fea, seca y gruñona... y con la que te casaste sólo por no tener que trabajar... Pero el cuerpo te pedía hembra... y yo sólo podía darte lo que necesitabas... Y cuando se descubrió el pastel, eras de los que más gritaban contra mí, porque tenías miedo de perder a Hazel y a su puerco dinero... Y ella, que debía de presentir algo, aunque no lo supiera con certeza, era de las que más gritaban contra la adúltera... De pronto, Aura cortó su ardiente parlamento. Fijó la vista en el frasco de metal.

—¿Has bebido, Asaph?

—Sí.

—Tienes una escopeta en casa. Te gusta cazar.

—Sí.

—Cárgala. Mata a tu esposa y luego cárgala de nuevo y mátate.

Weaver asintió. Giró en redondo y empezó a caminar hacia el pueblo, que no estaba a más de dos kilómetros de distancia.

Aura había detenido su coche en un camino solitario, que era apenas frecuentado. Apoyada contra la aleta delantera del coche, sacó su pitillera, se puso un cigarrillo en los labios y aspiró con placer el humo.

En la tienda de Peastley se vendía de todo. Nina estaba examinando unos téjanos que había pensado comprar, cuando el comerciante le señaló algo.

—Ahí va Weaver —dijo a media voz—. Es uno de los que más gritaban el día en que Aura fue lapidada.

Nina volvió la cabeza maquinalmente. La tienda de Peastley estaba situada en un ensanchamiento de la calle principal, que la hacía parecer una

plaza. Cruzando aquel espacio, vio a un hombre alto, delgado, de rostro huesudo y barba de varios días, que se dirigía hacia una de las casas situadas casi frente al almacén.

—Parece muy preocupado —observó la muchacha.

—Tiene que estarlo a la fuerza —respondió Peastley—. No creo que ninguno de los que intervinieron en aquella salvajada, y fueron muchos, hombres y mujeres, pueda dormir tranquilo por las noches.

Nina apretó los labios. Aura estaba viva. ¿Por qué no decirlo así a los vecinos de Limewaters? Se sentirían mucho más aliviados al saber que su víctima no había muerto. Habían pasado cinco años, tiempo más que suficiente para que se hubiesen arrepentido de aquella salvajada.

Cuando regresara Terry, se lo diría. No estaba bien hacerse pasar por muerto, gozando de buena salud. Sobre todo, cuando el dinero la había permitido recobrar su espléndido aspecto anterior. Era preciso perdonar... incluso a los que no habían sabido perdonar, se dijo.

Weaver entró en su casa y descolgó la escopeta que tenía suspendida de un clavo junto a la puerta. Fue a la sala y abrió el cajón de una alacena. Allí estaban los cartuchos para el arma. Hizo algo de ruido y su mujer apareció por una puerta contigua.

—¿Vas a cazar, Asaph? —preguntó.

Weaver no contestó. Lenta y expertamente, estaba introduciendo los cartuchos en la recámara, un arma antigua de gatillos a la vista.

—¡Te he hecho una pregunta! —Vociferó la mujer—. Irte a cazar ahora, pedazo de vago, cuando hay tantas cosas que hacer en el campo...

Impasible, Weaver cerró los cañones y levantó los gatillos. Los ojos de Hazel expresaron pánico.

—¡No, Asaph! —Fue un alarido horripilante, que quedó cortado en el acto por el tremendo estampido de los dos cañones disparados simultáneamente. Hazel recibió el doble impacto en pleno pecho y saltó hacia atrás con tremenda violencia. Estaba ya muerta cuando su espalda tocó el suelo.

Acto seguido, y sin mostrar la menor emoción, Weaver hizo bascular los cañones. Los cartuchos vacíos, todavía humeantes, cayeron al suelo. Metió otros dos en las recámaras, cerró el arma por segunda vez, y apoyó las bocas de los cañones en su mentón. Tenía los brazos largos; le resultó fácil alcanzar los gatillos con las puntas de los dedos. Lo que salió por la parte alta de su cabeza fue a parar al techo.

En la calle, todos los que estaban allí oyeron las dos detonaciones, espaciadas por menos de veinte segundos. Nina tenía aún los pantalones en las manos y volvió la cabeza hacia el exterior, lo mismo que Peastley.

—¡Dios mío! —Exclamó el comerciante—. Ha sido en casa de los Weaver.

La gente corría ya hacia aquel lugar. Un hombre entró, permaneció en la casa menos de medio minuto y volvió a salir, terriblemente pálido. Tuvo

que apoyarse en la pared. Estaba verdaderamente enfermo.

—Dios... Hazel, muerta... Los sesos de Weaver están en el techo...

El día era claro, límpido. Los ecos de los disparos, aunque atenuados, llegaron hasta el lugar en que se encontraba Aura.

Había encendido otro cigarrillo y, después de oír las detonaciones, que espantaron a unas palomas silvestres situadas en la rama de un árbol, lo dejó caer al suelo, aplastándolo con el tacón. Con la sonrisa en los labios, volvió al coche, puso en marcha el motor y se alejó del lugar tan discretamente como había llegado.

* * *

Terry Styles llamó a la puerta y tuvo que esperar unos minutos, antes de que alguien abriese desde el interior, cosa que sucedió cuando ya empezaba a considerar en la posibilidad de marcharse. El hermoso rostro de Aura apareció ante sus ojos.

Ella se ajustó la bata de baño. En torno a su cabeza, llevaba una toalla blanca.

—Dispénsame, querido —dijo—. Estaba en el baño... Acabo de regresar, ¿sabes?

—¿Viaje de negocios, tal vez?

—No seas indiscreto —rió ella, a la vez que tiraba del brazo de su visitante—. Anda, sírvete de beber a tu gusto mientras termino de arreglarme.

Terry lanzó una mirada devoradora.

—¿De veras necesitas un arreglo?

Aura le dio unos golpecitos en la boca con las puntas de los dedos.

—Volveré rápidamente—dijo.

Terry buscó el whisky y se sirvió una dosis moderada. Luego, con el vaso en la mano, estudió la decoración de la casa. Discreta, sin grandes pretensiones, pero elegante. Bien mirado, a él le habría gustado estar más en la casa de Armsburgh, pero puesto que Aura la había vendido, era una tontería soñar con imposibles. Además, ella era ahora una mujer acomodada y prefería residir en un lugar menos rústico. En fin, cada uno era dueño de sus propios actos, se dijo.

Aura volvió a los pocos minutos, vestida con un sencillo traje de hilo, de color claro, que enfundaba con dificultad su espléndida silueta.

Terry observó complacido una de las peculiaridades del vestido: tenía cierre de cremallera desde el escote a la falda, aunque estaba oculto bajo una tira de tela, a la que se hallaban cosidos unos falsos botones.

—Te traigo buenas noticias —dijo él, a la vez que le entregaba una copa—. La dueña de Barnhut House acepta el precio.

—Entonces, será cosa de preparar los documentos.

—Cuando quieras. Te pagará al contado, en un cheque certificado por el Banco local. No tienes más que ir allí y...

—Terry, yo no quiero ir allí. Si no te importa, tú llevarás los documentos y me traerás el dinero.

—Tengo plena confianza en ti, ¿sabes?

Terry miró largamente a la mujer.

—No quieres ir a un sitio en donde te dan por muerta, ¿verdad?

* * *

Sobrevino un silencio denso, espeso, casi tétrico.

Aura caminó unos pasos, buscó el diván, se sentó y cruzó las piernas. La falda se retiró hasta más de la mitad del muslo. No llevaba medias.

—De modo que has averiguado que fue en Limewaters —dijo al cabo, sonriendo de un modo extraño.

—Tú no me dijiste nunca qué te había sucedido, y yo no hubiera comentado nada de particular, de no haberlo averiguado por otro conducto. Pensé que las tierras de Eaton Hill te pertenecían con anterioridad a tu... desgracia.

—Eso es lo de menos ahora, Terry. El caso es que lo sabes.

—Pero soy discreto. Y la dueña de Barnhut House es también una chica discreta.

—Ah, es joven...

—Sí, debe de tener unos veinticuatro años. Aura, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, todas las que quieras, Terry.

—¿Te sientes resentida todavía contra los que te trataron tan bárbaramente?

—Quizá, antes de conocerte a ti... sí, los odiaba con todas las fuerzas, pero ahora... Ya no pienso en ellos siquiera.

—Y en ellas, porque también las mujeres tuvieron su parte en la lapidación.

Aura hizo un gesto de desprecio.

—Mujeres resentidas, feas casi todas, frígidas, repugnantemente puritanas... Bah, no vale la pena mencionar a ninguna de ellas.

—¿Y tu esposo? Desapareció a los pocos días. ¿Lo has vuelto a ver?

—No, ni se me ocurriría buscarlo.

—¿Estás resentida con él?

—Lo he olvidado por completo, Terry.

—Hay algo que no comprendo bien del todo. Te arrojaron piedras, te golpearon con palos... quedaste como muerta... y luego te echaron al lago. Estarías sin sentido, supongo.

—El agua fría me hizo reaccionar. —Aura sonrió burlonamente—. Salvo en invierno, cuando se hiela el lago, yo solía bañarme casi a diario. Me gustaba nadar... y, a veces, desnuda. —Lanzó una ruidosa carcajada—. No sabes la cantidad de mirones que había detrás de las matas...

—Indudablemente, había mucho que contemplar —dijo él.

—Sí, me fui al fondo en un principio, pero recobre el conocimiento casi enseguida. Hice un esfuerzo... No me digas cómo lo conseguí, porque mis recuerdos son muy brumosos... pero, aun en medio de mi aturdimiento, me di cuenta de que debía actuar con el máximo de precauciones. Los que iban en el bote podían golpearme con los remos, ¿comprendes?

—Desde luego. Nadaste, llegaste a la orilla y no se te ocurrió regresar al pueblo.

—Pude alcanzar la ribera y pasé allí unas horas, escondida entre los cañizos, hasta que se hizo de noche. Esperé mucho rato, fuera ya del agua, y cuando había pasado la medianoche, volví a mí casa. Sabía cómo entrar sin dificultad. Sabía también que mi querido esposo estaría completamente borracho.

—Si ya se embriagaba casi a diario, ¿cómo no iba a beber después de aquel suceso?

—Sigue —invitó el joven, muy interesado.

—Bueno, en casa siempre tenía algún dinero para pagar facturas, los salarios de los peones...

—También tenía un par de joyas de cierto valor. Recogí todo y me marché mucho antes de que amaneciera.

—¿Sin curarte siquiera?

—Había dejado de sangrar. La frialdad del agua había cortado las hemorragias. Sólo me puse unos cuantos esparadrapos en la cara; era todo lo que necesitaba. Hay una pequeña población a dieciséis kilómetros de Limewaters. No sé cómo llegué hasta allí. Tomé un taxi y dije que escapaba de mí marido, harta de recibir palizas suyas. Di un nombre falso; no hay demasiada comunicación entre los habitantes de ambas poblaciones. En fin, llegué a Armsburgh, me instalé allí... y en Armsburgh estaba cuando tú llegaste.

Terry había encendido un cigarrillo, mientras ella relataba su historia. Aplastó la colilla en un cenicero y meneó la cabeza.

—En cierto modo, me alegro de que hayas recobrado tu aspecto físico normal —dijo—. Me gustaría saber también que no guardas rencor a los que quisieron matarte.

—Sólo se merecen mi desprecio, pero no que me pierda por ellos —contestó la mujer.

Miró a Terry y añadió:

—Lástima. Esta es una casa bonita, aunque un tanto impersonal No hay chimenea...

Se puso en pie y empezó a bajar la cremallera del vestido. Unos segundos más tarde, aparecía espléndidamente desnuda ante su visitante.

—Pero, me parece —siguió—, no vas a echar mucho de menos el calor de las llamas de la chimenea.

Terry avanzó hacia ella y rodeó su mórbida cintura con los brazos.

—Tú sí eres una pura llama —murmuró.

CAPÍTULO VI

—Existe un inconveniente que debemos afrontar —dijo Terry mucho más tarde, mientras, boca arriba en la cama, contemplaba las espirales de humo que se desprendían de su cigarrillo.

—¿Cuál es el inconveniente? —preguntó Aura.

—Tú.

—¿Cómo?

—Verás. En Limewaters todos te creen muerta. Yo no he dicho nada a nadie, excepto a la compradora.

Pero no puedo garantizarte que siga callando después de la operación. Somos buenos amigos, aunque no hasta el extremo de pedirle que siga ocultando que estás con vida. No puedo responder de lo que haga ella sobre el particular.

—Había pensado esta posibilidad, en cuanto supe que había un comprador de Eaton Hill. Bien, que lo divulgue si quiere. No me importa.

—Alguno podría sentir tentaciones de completar la tarea inacabada aquel día.

Aura rió estridentemente.

—Son unos cobardes —dijo, despectiva—. Me atacaron en manada, pero ni uno solo de ellos se habría atrevido a darme una bofetada estando los dos a solas. Conocían mi genio; sabía que era capaz de todo. No, tuvieron que echarse sobre mí, como una jauría de perros rabiosos...

De pronto, se sentó en la cama y sus pechos, redondos, pesados, oscilaron brevemente.

—Si alguno se atreviese a intentar algo, más vale que me mate, porque entonces será la ruina del pueblo entero —añadió con gran vehemencia—. Contaría la historia, con todos los detalles, daría nombres, diría quiénes me llevaron en el bote... Ciertamente, hay personas inocentes, pero ni una sola levantó un dedo para intentar por lo menos salvarme...

—Hay una persona que estuvo a punto de morir por tu culpa —objetó Terry, que había hablado larga y extensamente con Nina acerca de aquel trágico suceso—. Me refiero a Peastley, el comerciante.

Trató de evitarlo, pero alguien le golpeó con un palo en la cabeza.

—El buen Abner —sonrió Aura—. Un poco ladronzuelo en el peso, pero amable y simpático, y amigo de ayudar a todos, cualesquiera que fuesen sus defectos. Cuando le veas, salúdale en mi nombre.

—Así lo haré. ¿Tardarán mucho en estar listos los documentos?

Aura se volvió hacia el joven y sonrió.

—¿Tienes muchas ganas de ver otra vez a esa chica? —preguntó.

—No seas celosa. Ella sólo quiere disponer de las tierras cuanto antes. Ha llamado ya a un agrónomo, para que le haga un estudio previo sobre lo que conviene más a aquellos terrenos... Aparte de eso, recuerda que soy Ángel.

Aura rió alegremente.

—¿Tiene alguna víctima más en perspectiva?

—Por ahora, he suspendido las operaciones, aunque he reunido datos de tres o cuatro personas, a las que no les vendría mal una firma con la sangre del diablo. Quizá después me dedique de nuevo al oficio.

—Primero estudias detenidamente las costumbres de la víctima... y luego entras en su casa... ¿con llaves falsas?

—Ganzúas. Casi siempre elijo el invierno, cuando las noches son largas y hay posibilidades de tormenta. Eso impresiona siempre más a la gente.

—Y luego, tu despedida, envuelto en una nube de azufre.

—Si no me delatas, te cuento el secreto.

—Dímelo, Terry —pidió ella ávidamente.

—Bueno, un depósito de gas, situado en el costado derecho y conectado por un tubo flexible a la manga del mismo lado. Cuando termina la operación, después de la firma, hago una ligera presión, abro la válvula y sale el gas, con una mezcla anestésica muy tenue, pero suficiente para que la víctima pierda parcialmente siquiera el conocimiento durante un minuto, minuto y medio como máximo. Ese gas me lo prepara un químico amigo, ¿sabes?

—Eres un verdadero demonio —dijo Aura.

De pronto, giró el cuerpo un poco y se inclinó hacia adelante. Los senos pendieron sobre el rostro de Terry. Con los labios, Terry apresó uno de los pezones.

Aura lanzó un gemido de placer. Luego, súbitamente, se arrojó sobre el joven con verdadera furia.

* * *

—Este pueblo parece aterrorizado.

—La verdad es que hay mucho miedo, señorita —concordó Peastley.

En la calle, reinaba un silencio casi sepulcral.

Frente a la tienda, se alzaba la casa de los Weaver, cerrada a cal y canto, muda, después de la espantosa tragedia ocurrida pocos días antes.

—Algunos, ni se atreven a salir de sus casas después de anochecido —continuó el comerciante—. Ya se empieza a hablar del fantasma de Aura Holty.

Nina se mordió los labios. ¿Hasta cuándo tendría que mantener su promesa de guardar silencio?

—¿El fantasma? —se extrañó.

—Sí. Dicen que se les aparece a los que tomaron parte en el crimen y les obliga a castigarse a sí mismos. Ethan Reell se colgó de un árbol. Weaver mató a su esposa y luego se suicidó... Algunos se preguntan cuál será el siguiente.

—Pero esas muertes sucedieron en pleno día. Si se cree en los fantasmas, es preciso creer en que sólo salen por las noches.

Peastley torció el gesto.

—Yo no creo en los fantasmas —respondió—. Pienso, simplemente, que muchos no pueden soportar el peso de los remordimientos. Pero, por lo poco que yo he leído, los fantasmas no tienen hora fija para aparecer.

—Sí, son un poco volubles —comentó la muchacha con una sonrisa —. De todos modos, creer en los fantasmas... Tal vez, dentro de cincuenta años, el espectro de Aura Holty sea un atractivo turístico para Limewaters.

—Tal vez, Aura Holty siga viva todavía dentro de medio siglo, lo que no me extrañaría, porque tiene un aspecto magnífico.

Nina reconoció en el acto la voz del recién llegado y se volvió rápidamente.

—¡Terry! —exclamó.

El joven avanzó para tomar en las suyas las manos de Nina.

—Hola —saludó alegremente—. Todo está listo. He traído los documentos. En cuanto me entregues el cheque, puedes considerarte dueña de Eaton Hill.

—¡Bravo, magnífico! —exclamó ella, entusiasmada. Volvió un poco la cabeza—. Abner, ¿conoce usted a Terry Styles?

Peastley emitió una cortés sonrisa.

—¿Cómo está, señor Styles?

—Él es Abner Peastley, dueño de esta tienda —dijo Nina, dirigiéndose a Terry.

—Encantado —contestó el joven.

—Perdón, amigo —dijo Peastley—. Si mis oídos funcionan bien, yo diría que ha mencionado usted el nombre de Aura Holty.

—Lo he mencionado, en efecto. Está viva y accede a vender su propiedad de Eaton Hill a la señorita Rodd.

Peastley se santiguó un par de veces, muy rápido.

—¡El Señor me valga! —exclamó—. Jesús, ¿cómo es posible que esa mujer...?

—La historia es larga de contar —dijo Terry—. De todos modos, puedo garantizarle que está viva.

El comerciante tuvo que sentarse en el taburete que tenía tras la caja registradora.

—No me lo puedo creer —murmuró—. Pero, entonces, la leyenda del fantasma no tendría sentido...

—¿Qué fantasma? —se extrañó Terry.

—El de Aura, naturalmente —contestó Nina.

—¡Uf, qué tontería! Está viva, agradablemente viva... Esta misma mañana he tenido el placer de desayunar con ella, señor Peastley. Pero ¿qué le pasa? Está muy pálido.

—Hace una semana, ocurrió algo espantoso —explicó la muchacha

—. Asaph Weaver mató a su esposa y luego se suicidó. Los Weaver fueron unos de los más activos contra Aura.

—¡Caramba! —Se asombró Terry—. Sí que es curioso... ¿Y murieron a causa del fantasma?

—Eso es lo que dice la gente —contestó Peastley—.

Aquí son muy dados a fantasías...

—Sí, como las de lapidar a una mujer —dijo Terry, ceñudamente—, Tendrían que haberla visto hace casi año y medio. No se la podía mirar a la cara. Era algo horrible... y ahora, la cirugía estética, la ha transformado radicalmente.

—Era muy guapa —dijo Peastley.

—Yo no la conocí antes de su tragedia, pero ahora puedo garantizar que es una mujer realmente atractiva.

—Aquí va a hacer una gran sorpresa cuando se conozca la noticia. Algunos no se lo creerán —manifestó la muchacha.

—Tendría que venir al pueblo, para que la vieran y lo creyeran... —dijo el comerciante débilmente.

—No creo que ella quiera y, además, yo no estoy en condiciones de indicarle lo que debe o no debe hacer —respondió Terry—. Además, ¿quién dice que viene aquí, para que vean qué está viva, y alguno de los que la lapidaron hace cinco años no la mata?

—¿Por qué habría de hacerlo? —Se sorprendió Nina—. Iría a parar a la cárcel...

—¿Quién fue a la cárcel aquella vez? —contestó el joven amargamente—. Insisto en que alguien podría sentir la tentación de completar la tarea inacabada hace cinco años.

—Puede que tenga usted razón —convino Peastley—. Lo mejor será no decir nada...

—Pero ahora yo tengo las tierras de Eaton Hill, y pertenecían a Aura. La gente se extrañará de la compra y no me gustaría que se hiciesen comentarios a mis espaldas.

—Hay una solución —sugirió Terry—. Cuando te pregunten, di que has localizado a los herederos de Aura. Te dejarán en paz.

Nina se sentía disgustada.

—No acaba de convencerme —dijo—. Yo he venido aquí para trabajar, prosperar, vivir en paz... No me gustaría verme mezclada en conflictos por algo que sucedió sin que yo tuviera la menor parte en ello. Callaré... hasta que tenga que decirlo.

—O sea, cuando te pregunten...

—Exactamente. Aura vive, está bien, mejor para ella y por muchos años. Pero yo no voy a ser menos, Terry.

Styles suspiró.

—Tienes toda la razón del mundo —dijo—. ¿Vas a tardar mucho en estar lista?

—Cinco minutos solamente. Te hospedarás en casa, supongo.

—Con mucho gusto —sonrió él.

Aquella noche, durante la cena, Nina hizo una observación:

—Terry, cuando estábamos en el almacén, dijiste que habías desayunado con Aura. ¿Qué significa esto?

—Oh... simplemente, fui muy temprano a su casa...

Ella le dirigió una mirada llena de malicia.

—Lo menos fuiste a las ocho... de la noche del día anterior...

—¡Ejem, ejem! Como acusado, me niego a contestar, para no incriminarme a mí mismo.

—No te preocupes, Terry, no volveré a mencionarte más el tema. Pero... algún día se sabrá que Aura está viva y entonces se producirá en Limewaters una terrible conmoción —vaticinó la muchacha.

CAPÍTULO VII

El buen tiempo había llegado ya. Los Dingle, Abigail y Joshua, tomaron su barca y se alejaron de la orilla. A los Dingle les gustaba pescar en el lago. En los últimos tiempos, estaban muy preocupados. Reel se había ahorcado y el matrimonio Weaver había perecido en trágicas circunstancias.

Los Dingle sentían grandes remordimientos por lo ocurrido años antes.

Mientras pescaban, permanecían silenciosos, callados, como dos seres completamente ajenos el uno del otro. Para cualquiera que conociera la historia, la situación estaba bien clara: Joshua y su mujer tenían los mismos pensamientos.

De pronto, el anzuelo de Joshua se enganchó en algo pesado.

Tiró. El anzuelo resistió.

Joshua hizo más fuerza. Por primera vez en mucho rato, habló:

—Me parece que he pescado una buena pieza.

El anzuelo empezó a subir. Abigail, inclinada sobre la borda, divisó una mancha blanca.

Un par de segundos más tarde, algo salió a la superficie.

Joshua se quedó petrificado por el horror. Aquella cara blanca, con algas en el pelo, las ropas hechas jirones...

Abigail se puso en pie y lanzó un estridente alarido, que fue percibido incluso desde la orilla. Había algunos pescando desde tierra y vieron a la mujer de pie en la barca, a escasamente quinientos metros de la orilla. El marido se puso también en pie.

El brusco movimiento de Abigail hizo que la barca se balanceara violentamente. Abigail cayó de espaldas, levantando un gran chorro de espuma. Joshua alargó la mano, pero llegó tarde.

Desde la orilla, pareció como si hubiera empujado a su mujer. Todos sabían que Abigail no tenía la menor noción de lo que era nadar.

Abigail emergió una vez.

—¡Socorro, me arrastra al fondo! Ayúdame, Joshua...

Las últimas palabras se convirtieron en un ininteligible gorgoteo. Arrodillado junto a la borda, Joshua miraba hacia abajo con ojos de terror.

Algunos espectadores de la escena saltaron a diversas barcas y corrieron hacia allí, con ánimo de colaborar en el salvamento de Abigail. Lo único que consiguieron, una hora más tarde, fue extraer su cadáver.

Mientras, el esposo había sido trasladado a su casa, en donde permanecía, presa de un fortísimo ataque de nervios. Una y otra vez repetía la misma historia:

—Ha sido ella... Surgió del fondo del lago y arrastró a mí mujer... Era horrible, tenía la cara lívida, los cabellos llenos de limo, de algas, las ropas podridas...

Muchos se estremecieron de horror al oír aquella historia. Pero, algunos, en cambio, se sintieron escépticos, entre ellos, Zeb Castle, el único policía del pueblo, que ocupaba el puesto desde hacía solamente dos años.

Aquel cargo era muy tranquilo y daba poco trabajo. Castle había estado en lugares mucho más movidos y, precisamente por buscar la tranquilidad, había aceptado el puesto de policía en Limewaters. Más de una vez se dijo que si él hubiera estado allí cinco años antes, Aura no habría sufrido un solo rasguño.

Castle era de los que se hallaban pescando en la orilla cuando se produjo la caída de Abigail. De modo que, en cuanto el médico local dijo que ya podía hablar con el reciente viudo, entró en su habitación y le dijo:

—Acompáñeme, Joshua. Está arrestado, acusado del asesinato de su esposa.

—Pero... Fue ella, Aura Holty... Los dos la vimos, mi anzuelo se enganchó en sus ropas... Surgió a la superficie para arrastrarla con ella al fondo...

—Joshua, hay algo en lo que he aprendido a no creer en esta ajetreada vida y es en los fantasmas y en los cadáveres que surgen a la superficie después de cinco años largos. Lo más que habría podido enganchar usted es el esqueleto, pero no el cuerpo entero, porque ya se lo habrán comido los peces. Y, aun suponiendo que eso sea cierto, yo, y muchos otros, le vimos empujar a su mujer. Vamos, sígame... y le advierto que estoy habituado a pelear con tipos que no quieren ir a la cárcel. A todos los encerré, créame.

Castle era un tipo bajo, fornido, de cejas muy espesas y absolutamente escéptico respecto a las cosas sobrenaturales. A pesar de los sentimientos que le abrumaban, Joshua vio la decisión en la cara del policía y, resignado, se puso en pie.

En el pueblo había una cárcel, con dos celdas, que sólo se ocupaban muy raramente. Algún borracho escandaloso los sábados, un vagabundo de paso...

Joshua ocupó una de las dos celdas y Castle se puso a redactar un informe preliminar que habría de servir para la acusación.

Aquella misma noche, Joshua Dingle se ahorcó, colgándose de uno de los barrotes de la ventana de su celda. Como cuerda, empleó una de las sábanas, de la que sacó una tira lo suficientemente sólida como para sostener su peso.

* * *

Nina bajó aquella mañana, a recoger unas semillas que esperaba le llegasen por correo, y se encontró inesperadamente con un gran grupo de gente, estacionado ante la oficina del policía, que formaba parte del edificio donde también se hallaba la cárcel. Curiosa, se acercó un poco y escuchó algunas frases que la hicieron sentirse enferma.

El grupo de gente se partió de pronto en dos mitades. Dos hombres salieron, llevando una camilla, sobre la que se veía un bulto cubierto por una sábana blanca.

Castle apareció en la puerta, con aire de sentirse hondamente preocupado. En pocas semanas, era la quinta persona muerta violentamente.

De súbito, Nina tomó una decisión.

—Quiero hablar con usted, alguacil —dijo.

—Por supuesto, señorita Rodd —accedió Castle—. Entre, se lo ruego.

—He oído algunos comentarios... ¿Es cierto que Joshua asesinó a su esposa?

—Debió de volverse loco, para arrojarla al agua en pleno día y a la vista de una docena de personas, por lo menos. Yo era uno de los que presenciaron el crimen, señorita. —Castle hizo una mueca—. Luego quiso disculparse de una forma absurda, disparatada... ¡Dijo que Aura Holty había arrastrado a su mujer al fondo del lago!

—¿Eso dijo? —preguntó Nina.

—Lo tengo ahí escrito y firmado por el propio asesino. Mire, señorita, he visto muchas cosas en este mundo y sé que, hay gente capaz de matar por dos dólares. Entre los dos esposos había un estado de guerra casi continuo, y no sólo por lo que pudieron haber hecho cinco años antes. Simplemente, Joshua quería deshacerse de su esposa y ese pensamiento llegó a obsesionarle de tal modo, que acabó cometiendo el crimen en pleno día, sin importarle quién pudiera estar viéndole, ¿lo comprende?

—Sí, pero ¿qué motivos tenía...?

—Tierras, señorita. En estos pueblos pequeños, la gente mata por un pedazo de tierra no mayor que su propio pañuelo.

—Eso sería cierto si luego el asesino siguiera con vida. Pero, si aplicamos el mismo motivo a otro crimen, Weaver tendría que seguir vivo, lo mismo que Dingle. Y los dos están muertos. Se suicidaron.

Castle dirigió una mirada escéptica a la muchacha.

—Oiga, no irá a decirme también que el fantasma de Aura Holty impulsa a ciertas personas a cometer crímenes —dijo irónico—. No creo absolutamente en los fantasmas, señorita Rodd.

—Yo tampoco, especialmente cuando se trata de una persona que aún está viva. Me refiero, naturalmente, a Aura Holty.

Hubo un instante de silencio. Nina se dio cuenta de que el policía contenía desesperadamente las ganas de romper en carcajadas.

—Hablo en serio, señor Castle —añadió—. Aura está con vida. Y, si no, ¿cómo habría podido comprar yo las tierras de Eaton Hill? ¿Quiere que le enseñe los documentos, firmados por ella?

Castle se hundió en su sillón.

—¿Por qué no lo ha dicho antes? —gruñó.

—Ella pidió que no se divulgara, hasta que fuese absolutamente necesario.

—Quizá, cuatro personas estarían aún vivas...

—Es posible, pero cuando tomaron parte en la lapidación, querían que muriese. Fueron los remordimientos los que causaron su muerte...

—Usted debía haberlo hecho público antes —dijo Castle malhumoradamente.

—¿A quién debía hacer yo caso? ¿A los que quisieron matarla o a la víctima que, en medio de todo, ni siquiera ha presentado una demanda legal por intento de asesinato?

Castle lanzó una enojada exclamación.

—Es un asunto endiabladamente complicado —dijo—. Pero, a mí me gustaría hablar con Aura...

—Si lo desea, puedo darle la dirección. Venga a Barnhut House más tarde; tengo allí todos los documentos y podrá comprobar lo que digo. Y, por supuesto, no me opondré a que divulgue la noticia de la existencia de Aura Holty.

—Iré a la tarde —prometió Castle.

* * *

Terry Styles escuchó atentamente lo que le decía su interlocutor y contestó:

—Tendré que pensármelo, Bill. Dame unos cuantos días y te daré la respuesta, ¿eh?

—Bien, pero no tardes más de una semana, o buscaré a otro.

—Antes de una semana, tendrás la respuesta, te lo prometo.

Terry colgó el teléfono. Era una buena oferta y la chica que sería su pareja muy atractiva. Podían presentar un número de prestidigitación...

El teléfono sonó de nuevo, arrancándole a sus meditaciones. Levantó el aparato.

—Styles —dijo.

—¡Terry, soy Nina! Te llamo desde mi casa...

—¡Nina, cuánto me alegro de oírte! ¿Cómo te encuentras?

—Bien... Oye, ha sucedido algo horrible. Otro doble crimen.

Terry perdió la respiración durante un segundo.

—¿De nuevo el fantasma de Aura Holty?

—Esta vez, su cuerpo salió enganchado en el anzuelo de un pescador.

—Oh, no, eso es absurdo...

—La historia que contaron parecía creíble.

—Nina, ¿tú también?

—No sé qué pensar —dijo ella, muy nerviosa—. Pero, al fin, he tenido que decir que Aura está viva.

—Y tan viva —rió Terry, pensando en los momentos tan agradables que había pasado junto a aquella hermosa mujer.

—Aquí, en el pueblo, están aterrados. Tendrías que convencerla para

que viniese...

—¡Nina! ¿Crees que voy a hacer una cosa semejante? ¡Después de lo que ha pasado, serían capaces de lapidarla por segunda vez! Y ahora se cerciorarían de que estaba bien muerta.

—Ahora hay un policía que hace cumplir la ley. Terry.

—¡Un policía! —resopló él—. Se necesitaría un batallón entero para protegerla... Recuerda, algunos, como Peastley, quisieron oponerse, y resultó inútil. No, no le diré que vaya a Limewaters, si es eso lo que estás pensando.

—Está bien, creo que lo que dices es razonable, pero, al menos, podrías ir a su casa y contarle lo que sucede.

—Hay otra solución mejor, Nina.

—Dime, Terry —pidió ella ávidamente.

—Iré a su casa, hablaré con ella, y nos sacaremos unas cuantas fotografías. Las llevaré personalmente y eso convencerá a los incrédulos.

—No está mal pensado, Terry.

—Muy bien, y ahora, cuéntame todo lo que ha pasado. Debo conocer todos los detalles, para contárselo a Aura cuando la vea.

Nina habló durante algunos minutos. Al terminar, Terry dijo:

—Abigail y su esposo debían de sentir muchos remordimientos, para ver algo que creyeron era el cadáver de Aura. Posiblemente, se trataba de un montón de plantas acuáticas, enganchadas en el anzuelo.

—Tal vez, pero los que presenciaron la escena, dijeron que Abigail lanzó un grito horripilante.

—Sí, claro, gritó cuando vio que su marido la empujaba fuera de la barca —dijo Terry, escéptico—. Está bien, te llamaré en cuanto sepa algo de Aura. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Zeb Castle llegó aquella misma tarde a Barnhut House, como había prometido. Las noticias que traía no eran muy animadoras.

—He hablado con algunos... en especial, uno que tomó parte directamente en aquella salvajada, Moses Hapham. Moses asegura que Aura estaba muerta cuando arrojaron su cuerpo al lago.

Nina se quedó atónita al escuchar aquella noticia.

—Pero... es imposible... Tengo documentos firmados por ella, un amigo que la ha visto y la conoce perfectamente...

—Lo siento. Yo me limito a repetir lo que me han dicho.

Nina se enfureció.

—De modo, que ha estado hablando con algunos de los que mataron a Aura y no ha intentado siquiera detenerlos —exclamó.

—Sería absurdo —contestó Castle no menos malhumorado —. Ninguno querría declarar como testigo. Y, créame, me gustaría encerrarlos en la cárcel por el resto de sus días. Además, falta el cuerpo del delito...

De pronto, sonó el teléfono.

—Dispense, alguacil —dijo Nina. Levantó el aparato y escuchó unos

instantes—. ¿Estás seguro, Terry? —preguntó.

Pasados unos momentos, volvió el teléfono a la horquilla.

—Aura Holty ha desaparecido —anunció.

Castle lanzó una sarcástica carcajada.

—Me lo suponía —dijo—. Tenía que ser una impostora. Aura Holty está muerta y bien muerta, en el fondo del lago.

CAPÍTULO VIII

El camino que conducía a Limewaters bordeaba el lago en algunos puntos. Terry vio algo que llamó su atención y detuvo de inmediato su coche.

Tenía unos prismáticos en la guantera y los sacó. Las imágenes se hicieron mucho más cercanas. Había dos barcas, que se movían emparejadas, con muy poca velocidad, impulsadas por sendos remeros. En la popa de cada una de las embarcaciones había un hombre sosteniendo el extremo de una cuerda que se hundía en las aguas.

—Están rastreando el lago —adivinó.

Guardó los gemelos y arrancó de nuevo. Un cuarto de hora más tarde, detenía el coche frente a la puerta de Barnhut House.

«Barry» acudió a recibirle con grandes meneos de cola. Terry acarició su cabeza y luego entró en la casa. La cocinera le informó que Nina estaba trabajando en los campos. Terry dijo entonces que iría a verla. La distancia no era muy grande.

Seguido por el mastín, Terry caminó a lo largo de un sendero bordeado por copudos castaños de Indias.

Realmente, Nina había hecho una magnífica labor en aquellas tierras, casi yermas cuando ella decidió convertirse en una campesina. De pronto, ovó el ruido de un tractor.

Había llevado consigo una cámara fotográfica y tomó unas cuantas placas de la muchacha. Debido a la estación, Nina iba en mangas de camisa, con pantalones y un pañuelo que cubría su cabeza salvo el óvalo del rostro, debajo del sombrero de fibra de anchas alas. Ella se dejó hacer las fotografías alegremente y luego paró el motor y se apeó con gran soltura.

Al acercarse a Terry, se descalzó los gruesos guantes de cuero que usaba para protegerse las manos.

—Me das envidia —dijo él—. Una chica verdaderamente sana, criada en un ambiente puro y sin contaminar... No puedes imaginarte el aspecto que ofreces actualmente, Nina.

Ella se ruborizó.

—Gracias, Terry —contestó—. He descubierto que esta vida me gusta y no desearía cambiarla por nada de este mundo, aunque fuese muy valioso.

—No te lo pediría, si pudiera hacerlo. A mí también me gustaría... pero soy hombre de ciudad.

—Ya. Sobre todo, si se piensa lo que te diviertes haciendo el papel del demonio.

—Ahora me han ofrecido otro papel distinto. No sé si aceptaré.

—¿Quién te lo ha ofrecido? ¿Ángel? —preguntó ella riendo.

—No. Un amigo, promotor de espectáculos. Sabe que tengo los dedos ágiles y quiere que me entrene algún tiempo, para presentar un número de prestidigitación, con una chica que también tiene una gran habilidad en los

juegos de magia. Lo haríamos los dos al mismo tiempo, separándonos de la línea habitual; ya sabes, el tipo elegante, ataviado de frac o de hindú, con una joven bonita y poco vestida como ayudante... Esto sería un poco distinto y atraería al público.

—¿Aceptarás, Terry?

—Tengo todavía una semana para dar mi respuesta. Aún no he tomado una decisión.

—Eso sería más honesto que timar a la gente.

Terry hizo una mueca.

—Tampoco es un crimen perverso—contestó—. Fue mucho peor lo que hicieron con Aura Holty.

—Ha desaparecido, me dijiste.

—Ya no vive en la casa en que nos vimos la última vez. Se ha marchado y nadie puede darme razón de su paradero.

—Entonces, Castle tiene razón.

—¿Quién es Castle?

—El policía del pueblo. Un tipo bastante escéptico. Dice que la mujer que me vendió las tierras de Eaton Hill es una impostora.

—¡Oh, no, cómo puede decir una cosa semejante!

—Por lo menos, hay un hombre que jura que Aura estaba muerta cuando la arrojaron al lago.

—¿Y no lo detiene? —se asombró Terry.

—No encontraría testigos que declarasen contra los culpables.

—Es un pueblo repugnante —dijo él, muy irritado—. Si no fuese por ti, créeme, no volvería aquí, ni aunque me anunciasen que iba a encontrar un cofre lleno de monedas de oro.

—Ah, de modo que vienes por mí...

—¿Te molesta?

—Me halaga —confesó ella—. ¿Querrás almorzar conmigo?

—Cenar, si no te importa. Voy a volver al pueblo.

Quiero hablar con «se escéptico alguacil. En cuanto a ti, voy a darte un consejo, que te hará salir de dudas definitivamente.

—Dime, Terry.

—Tienes unos documentos firmados por Aura Holty.

Encarga una comprobación caligráfica.

—No es mala idea —aprobó ella—. Lo haré en cuanto pueda. Vuelve a cenar, Terry; habrá pollo... de los que se crían naturalmente, sin artificios; están sueltos por el patio, escarban la tierra, comen lombrices... Parece un poco asquerosito, pero son los que mejor saben.

Terry puso los ojos en blanco.

—Eso me reconcilia con el pueblo —dijo alegremente.

* * *

Cuando llegó a Limewaters, observó cierta agitación. Muchas personas corrían hacia el lago.

Algo sucedía, se dijo.

La calle principal tenía un trazado perpendicular a la ribera. Terry guió su automóvil lo más próximo que pudo al lago. Luego se apeó y caminó hacia la orilla.

Las dos barcas se acercaban ya. En una de ellas se divisaba un saco que parecía lleno de palos y tablas. Uno de los hombres llevaba una estrella de metal en la pechera de una sudada camisa.

Castle saltó a tierra. Uno de los espectadores sostenía la amarra de la barca. El policía se quitó el sombrero, sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor de la frente. Había una tensa expectación en el ambiente, apreció Terry.

—La hemos encontrado —anunció Castle.

Terry adelantó un paso.

—¿Es positiva la identificación? —preguntó.

Castle le miró con curiosidad...

—¿Quiénes usted?

—Styles.

—Ah, recuerdo... No hay duda, el esqueleto es el de

Aura Holty. Todavía conserva el reloj-calendario de pulsera, parado el día y la hora en que murió. No soy un experto, pero he apreciado algunas costillas rotas. Incluso he visto un ligero hundimiento en el cráneo.

—Lo hará comprobar por el forense.

—Seguro.

Terry se retiró. Los comentarios sonaban por todas partes. Dos hombres cargaron con el fúnebre saco y se alejaron. Castle se encaró con el joven.

—Querría hablar con usted —manifestó.

—Por supuesto.

La gente les miraba con curiosidad. Castle agarró el brazo de Terry.

—¿Cómo puede estar seguro de que la mujer que vendió Eaton Hill es Aura Holty?

—Bien, la conocí hace algo más de un año, casi año y medio... y tenía un aspecto horrible. Incluso cojeaba, y ello, según me dijo posteriormente, como consecuencia de los golpes y pedradas que le dieron. En Armsburgh también la conocían, y ella poseía una casa, que vendió, y en cuya operación intervino un abogado, del que no se puede dudar.

Aura apareció en Armsburgh muy pocos días después de su lapidación.

—Ella se operó más tarde, para borrar las cicatrices.

—Sí. Yo le comuniqué que heredaría una suma de dinero muy importante. Al cabo de un año, me encontré con ella.

—Pudo tratarse de otra, Styles.

—Quizá, pero los detalles que me dio acerca de nuestra primera entrevista sólo podían ser conocidos por la propia Aura.

—A pesar de, todo, sigo opinando que es una impostora. ¿Qué me dice de una mujer que tomase el lugar de Aura, después de haberse enterado de la historia de su lapidación?

—Resultaría muy complicado, ¿no cree? Además, en aquella época, quiero decir, cuando la apedrearon, Aura no era una mujer precisamente rica. Tenía unas tierras, las de Eaton Hill, una casa aquí, otra en Armsburgh... Cuando yo la conocí por primera vez, vivía pobremente. Eso no es para animar a cualquiera, señor Castle.

El policía se tiró del labio inferior.

—Amigo Styles, este mundo, y lo digo por experiencia, es mucho más complicado de lo que usted piensa. Personalmente, sigo opinando que la Aura Holty que usted conoce es una impostora. Por qué tomó la identidad de la señora Holty, si apenas podía tener beneficios, es algo que sólo sabremos cuando le echemos el guante. Además, hay otra cosa que está en favor de mis suposiciones —dijo, sin dejar de darse tirones en el labio inferior.

—¿Sí? —murmuró Terry.

—Se ha dado cuenta de que podía ser desenmascarada y ha desaparecido. Usted mismo ha tenido ocasión de comprobarlo.

Terry asintió lentamente.

—Es posible —contestó.

—La impostora cobró una herencia de más de doscientos cincuenta mil dólares, dos casas y ahora ha vendido unas tierras que no le pertenecen. Si ésos no son suficientes motivos para convenirse en humo...

Era una lógica irrefutable, pensó Terry.

* * *

—El pollo estaba exquisito.

—Mentiroso. Ni siquiera te has dado cuenta de lo que comías.

Nina puso una taza de café delante del joven.

—Apenas has despegado los labios —añadió.

Terry empezó a remover el azúcar de la taza.

—Tienes razón, estoy muy preocupado.

—¿Por el hallazgo del esqueleto de Aura?

—Y por la impostora.

Nina volvió a sentarse.

—¿Qué piensas de todo esto, Terry? —quiso saber.

—Yo fui allí, haciéndome pasar... bueno, lo sabes tan bien como yo. Había descubierto que uno tal Aura Holty, residente en Armsburgh, iba a percibir una importante herencia. Ella creyó que yo era el diablo. Incluso estaba dispuesta a venderme su alma, si le cambiaba su apariencia física. Le dije, más o menos, que el tiempo de los prodigios había pasado, pero que, en


cambio, podía ofrecerle los medios para conseguir lo que quería: dinero.

—Y, por tanto, los mejores cirujanos.

—Exactamente. ¿Era ya entonces una impostora?

—Habría una forma de saberlo... dos, mejor dicho.

—A ver, explícate.

—Primero, una fotografía suya. ¿No habrá nadie en el pueblo que tenga una fotografía en la que aparezca Aura? Ya sabes, alguna fiesta, una reunión de amigos... Una mujer no cambia demasiado en cinco años... y el cirujano que la operó tuvo que restaurarle las facciones de acuerdo con la constitución ósea de su cráneo sobre todo. Por tanto, su cara es ahora idéntica a la que tenía antes o, en todo caso, con muy ligeras diferencias.

—Es un razonamiento aceptable —dijo Nina—. ¿Cuál es el segundo método para comprobar si se trata o no de una impostora?

—Los documentos de compra de Eaton Hill. Aquí, en Limewaters, hay un registro de tierras, un registro civil de matrimonios... Déjamelos, compararé las firmas.

—¿Tienes experiencia?

Terry sonrió.

—Estuve unos años de pasante, antes de hartarme y decidir que el papel de ángel me resultaría mucho más rentable. He tenido que estudiar infinidad de documentos, millares de firmas... Créeme, si encuentro una sola firma de Aura en el pueblo, te diré si ella vive o es una impostora.

—Muy bien. ¿Lo harás mañana?

—En cuanto haya desayunado. Huevos, tocino, pan de tu horno... supongo.

Nina se echó a reír.

—Supones bien. —De pronto, se puso seria—. No me gustaría haber sido objeto de una estafa, Terry.

—En todo caso, yo sería el culpable.

—No. esa mujer te ha engañado a ti, como engañó a otros... Pero ¿cómo es posible que los Dingle vieran el cadáver de Aura, si sólo quedaba el esqueleto?

—Los remordimientos, a veces, producen alucinaciones. Seguramente, él enganchó el esqueleto en el anzuelo. El pavor les hizo ver el rostro de Aura cuando sólo había una calavera descarnada —contestó Terry.

Era una respuesta lógica, pensó la muchacha.

CAPÍTULO IX

Terry pasó una buena parte de la mañana en el registro civil. Ames se había comprado una lupa en la tienda de Peastley, aunque no quiso dar explicaciones sobre el objeto de su compra.

Cuando terminó su tarea, muy serio, volvió al almacén. Peastley estaba despachando a unas cuentes. Aguardó pacientemente, acodado en una esquina del mostrador. Peastley vino minutos más tarde.

—¿Señor Styles?

—Llámeme Terry —sonrió el joven—. Dígame, Abner, ¿sabe dónde podría encontrar alguna fotografía de Aura?

—Oh, sí, claro. Vaya a la galería fotográfica de Pete Manson. Seguramente, guardará negativos de la boda de Aura e Isaac Holty. Manson también acude a fiestas y banquetes. Todos los años se celebra un picnic, el día cuatro de julio, y saca muchas fotografías de los asistentes... —Peastley sonrió de mala gana—. Yo vendo cámaras fotográficas... Bueno, lo correcto sería decir que las tengo en la tienda, pero la gente de Limewaters no gasta su dinero en cosas superfluas... Para una o dos fotografías que se hacen al cabo del año, prefieren a Pete Manson. Su negocio está al final de la calle, hacia el lago.

—Gracias, Abner.

Minutos más tarde, Terry estaba hablando con Manson, un joven de cara huesuda, con gafas que parecían ruedas de bicicleta. Si, Manson, conservaba todos los negativos, aunque las fotografías de la boda y de las fiestas en que habían tomado parte los Holty ya no estaban en su casa.

—Quiero que me haga una copia de todos los negativos en que aparezcan los Holty, empezando por el día de la boda. Según tengo entendido, el crimen se cometió a mediados de agosto, es decir, mes y medio después del picnic del cuatro de julio.

—Así es —confirmó Manson.

—Tengo prisa. Esperaré. Y no se preocupe por el dinero.

Aquellas palabras espolearon al fotógrafo. Dos horas más tarde, Terry tenía en su poder una serie de positivos, alguno de los cuales examinó con ayuda de la lupa que había comprado.

Manson le contemplaba ansiosamente. Al terminar, Terry metió las fotografías en un sobre de buen tamaño y sacó un rollo de billetes. Pagó la factura, añadió veinte dólares muy propio y, sin dar más explicaciones, salió a la calle.

Cubile estaba en la puerta de su oficina, apoyado en una de las jambas y muy ocupado, al parecer, con una astilla de madera que se movía incesantemente en su boca. Terry se acercó.

—Hola—dijo.

—He encerrado a Hapham —anunció el policía.

—Ah, al fin se ha decidido.

—El mismo declaró haber tomado parte en el linchamiento y haber arrojado el cuerpo de Aura al lago.

—Según tengo entendido, un juez no acepta nunca una autoacusación, a menos que sea corroborada por testigos que hayan presenciado el delito.

—Lo sé, pero, en primer lugar, tenemos el cuerpo del delito. Luego, espero, ahora que ya hemos encontrado el esqueleto y que está encerrado uno de los culpables, los demás se decidirán a hablar. Es posible que el final del proceso les resulte relativamente favorable; tal vez, hábiles abogados consigan una declaración de locura colectiva y transitoria... pero no cabe la menor duda de que, a partir de ahora, la ley se va a respetar en Limewaters. Y se conocerá lo que sucedió y quiénes tomaron parte en ese repugnante crimen.

—De modo que el esqueleto es de Aura Holty.

—El forense ha dicho: Mujer, raza blanca, edad comprendida entre los veinticinco y treinta años; tres costillas fracturadas, dos dientes saltados, fisuras en el cráneo, húmero izquierdo y peroné derecho; dos falanges de la mano izquierda fracturadas, una de ellas con evidentes señales de aplastamiento; tres falanges del pie derecho también fracturadas... Eso, si quiere que le diga lo que pienso, corresponde en un todo al esqueleto de una mujer que fue bárbaramente lapidada y apaleada. Aparte del reloj de pulsera Dorado, como dije, en el día y la hora en que murió.

—Dieciséis de agosto, cuatro de la tarde.

—Cuatro y tres minutos, para ser más exactos.

—Muy bien, Zeb, entonces, permítame un consejo.

—Siempre los acepto. Seguirlos, ya es otra cosa —respondió Castle socarronamente—. Si se refiere al prisionero, ya he tomado medidas para que no se cuelgue...

—Me lo imagino, pero no quería hablarle de Hapham Le diré una cosa: Aura está viva. He comprobado las firmas Tengo experiencia, trabajé algunos años como pasante de un abogado y más de una vez nos tuvimos que enfrentar con documentos falsificados.

—¿Y...? —Castle se había puesto repentinamente rígido.

—Las firmas que Aura estampó en los documentos de venta de Eaton Hill y las que hay en los registros civiles están trazadas por la misma mano.

Castle se sentía pasmado. Terry continuó, a la vez que agitaba el sobre de color café claro que tenía en las manos.

—He conseguido fotografías de Aura, desde el día de su boda, hasta el picnic que se celebró, seis semanas antes de su muerte. Es la misma mujer a la que yo he conocido, muy íntimamente, si he de serle sincero y he de apreciar su discreción, y que ahora, por los motivos que sean, ha desaparecido.

—Pe... pero... entonces, el esqueleto... —tartamudeó el policía.

—Averiguar su identidad es cosa suya, Zeb.

—De todos modos, puede tratarse de un engaño. Hay gente que sabe

falsificar muy bien las firmas; esa impostora puede resultar muy parecida a la verdadera Aura.

—Para mí, es la verdadera Aura Holty —se despidió Terry.

* * *

—De modo que Aura existe realmente —dijo Nina, aquella noche, a la hora de la cena.

—No me cabe la menor duda. Las fotografías, en el peor de los casos, muy agudizado, por supuesto, pueden inducir a error. Pero una firma es una huella dactilar.

—Inconfundible. Inimitable.

—Inimitable, yo no diría tanto. Hay falsificadores maravillosos. Pero a Aura no la creo capaz de reproducir la firma de una persona muerta. Firmó delante de mí; no se retiró a otra habitación, para copiar una firma tal vez conseguida subrepticiamente. Firmó rápidamente, con pulso firme, sin el menor titubeo... Ni siquiera el mejor falsificador del mundo haría una cosa así. Las falsificaciones con las que tuve que enfrentarme eran obra de personas que se habían pasado semanas y meses entrenándose, y a pesar de todo, jamás presentaron un documento que no estuviese ya firmado. Y esa operación, es decir, reproducir la firma que habría de tener validez, les costó horas y horas de trabajo... No, no hay duda. Aura está viva.

Nina exhaló un suspiro de alivio.

—Bueno, en medio de todo, me siento satisfecha —dijo—. Puede que sea egoísmo, pero no me gustaría ahora enterarme de que me quedo sin las tierras de Eaton Hill o, al menos, que he de pleitear por ellas.

—De todos modos, deja que te dé un consejo. —Terry se echó a reír —. Hoy es mi día de aconsejar a la gente —añadió, pensando en su entrevista con el policía.

—Bien, sí es aceptable, lo seguiré...

—Te costará dinero, pero vale la pena. Contrata a un perito calígrafo oficial. Yo tengo experiencia, pero no estoy reconocido en la profesión. Su dictamen te resultará valioso llegado el momento.

—Lo haré —prometió la muchacha, comprendiendo que era una buena idea—. Y tú, ¿te quedas muchos días aquí? Ya sabes que puedes disponer de mi casa con toda confianza.

—Gracias. Un día te devolveré los diez mil dólares...

—Bah, olvídalo. Fue una experiencia que valió la pena.

—Insisto en devolverte el dinero —dijo él.

—¿A costa de otro incauto?

—Tal vez. Tenía algunos en cartera...

—No sigas por ese camino, Terry.

Ella se había puesto repentinamente muy seria.

Terry lo advirtió en su rostro y en las rápidas palpitaciones de su

pecho.

—Estrictamente, es un robo, una estafa, como quieras llamarlo —continuó la muchacha—. Si insistes en devolverme el dinero, gánalo honradamente.

—Bueno, tardaré un poco...

—No importa, Terry.

—...porque antes de hacer nada, quiero encontrar a Aura Holty.

—¿Lo crees necesario? —Sí.

—¿Porqué?

—Limewaters está aterrorizado. Y tú vives en este pueblo.

Nina sonrió dulcemente.

—Gracias, Terry —dijo—. Creí que lo harías por otro motivo.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Probar a la gente que no estás equivocado al afirmar que Aura está viva. Y... encontrarla a ella...

—Creo que te entiendo —sonrió el joven—. Aunque confieso que Aura es muy hermosa, pero no da el tipo que a mí me gusta.

—¿Cuál es tu tipo, Terry?

—Una muchacha de cara tostada, fuerte, sana, alegre, animosa, emprendedora...

—Esa chica no vive en Limewaters.

—¿Estás segura?

Nina se puso en pie de repente, muy colorada. —

Terry, yo madrugo porque tengo que trabajar —dijo evasivamente—. Tú puedes quedarte en la cama todo el tiempo que quieras; te servirán el desayuno cuando lo pidas. Buenas noches.

—Buenas noches, Nina.

Terry quedó solo en la sala. Hacía ya buen tiempo y la chimenea estaba apagada. Se preguntó si sería capaz de soportar la vida que llevaba Nina. En apariencia, era una existencia muy atractiva, pero el paso del tiempo la tornaría monótona, rutinaria... Sólo quien estuviese persuadido de que era la mejor forma de vivir, podría aclimatarse a ello para siempre. Y él no estaba seguro de sí mismo en este aspecto.

Sentíase un tanto desazonado respecto de su porvenir. Fumó un par de cigarrillos y acabó por decirse que lo mejor era posponer el problema, hasta que hubiese resuelto otro mucho más acuciante: encontrar a Aura Holty.

* * *

Tendido de espaldas sobre su camastro, Moses Hapham, con las manos bajo la cabeza, miraba fijamente la lámpara que había en el pequeño corredor de celdas. Ni siquiera había intentado conciliar el sueño. Los pensamientos que bullían constantemente en el interior de su mente le impedían dormir. Todavía tenía presente el horrible espectáculo del cadáver

enganchado en el anzuelo.

Aquel rostro lívido, con los ojos desmesuradamente abiertos, las algas enredadas en el pelo... Luego, su esposa, cayendo al agua, chillando espantosamente...

Había pensado en imitar a Joshua Dingle, pero Zeb Castle había tomado bien sus precauciones, quitándole los tirantes de los pantalones y los cordones de las botas. El jergón era metálico. A menos que deshilachara las mantas y trenzase una cuerda, no podría ahorcarse. Pero eso llevaría mucho tiempo y el astuto alguacil acabaría por verlo a tiempo.

De pronto, sintió un golpe en el estómago.

Levantó la cabeza. Algo había entrado en la celda a través de la reja. Hapham se estremeció.

Lentamente, tomó con dos dedos aquel objeto que alguien había arrojado desde el exterior. Con la otra mano, hizo funcionar el artefacto.

Con ojos morbosamente fascinados, contempló el refulgente brillo de la navaja barbera. Muy despacio, se sentó en la cama y estuvo así, absolutamente inmóvil, durante unos segundo.

De súbito, levantó la mano derecha y cortó con todas sus fuerzas.

Por la mañana, todavía muy temprano, alguien golpeó en la puerta de la oficina repetidas veces. Maldiciendo al importuno, Zeb Castle se puso los pantalones, metió los pies en unas zapatillas y, pasándose los dedos por el revuelto cabello, abrió la puerta.

—¿Qué diablos pasa? —Preguntó al hombre que estaba en el umbral —. ¿Ocurre algo malo?

El hombre tendió su mano hacia la puerta por la que Castle acababa de salir.

—Véalo usted mismo, Zeb —dijo.

Castle volvió la cabeza. Un horrible juramento se escapó de sus labios al leer el mensaje escrito en un papel, que alguien, sin duda durante la noche, había dejado sujeto con una chincheta.

Era, indudablemente, un mensaje de aviso:

«El próximo será Noah Kelton.»

Detrás de Castle, sonó un grito de horror. El policía se volvió de inmediato.

—Cállese...

Pero el hombre que le había despertado coma ya hacia la salida. Castle no intentó detenerlo. Tarde o temprano, tenía que conocerse la noticia.

Ya eran seis los que habían muerto. ¿Cuántos más morirían?

Si Aura estaba viva y quería vengarse de los que la habían lapidado, ¿cuándo se daría por satisfecha?

Fuera, en la calle, empezaron a oírse los primeros gritos. Castle empezó a pensar en las complicaciones que la muerte de Hapham podía

acarrearle. Porque se había asegurado de que no pudiera suicidarse, pero alguien le había facilitado tan macabra tarea, arrojándole una navaja a través de los barrotes de la celda.

El primer impulso de Castle fue arrancar el papel y hacerlo una bola. Lo arrancó, efectivamente, pero no lo estrujó, sino que se quedó con él en la mano durante unos segundos.

De pronto, una horrible sospecha hirió su cerebro.

Girando en redondo sobre sus talones, se precipitó en el interior del edificio, seguido por el curioso madrugador que había sido el primero en ver el mensaje.

Castle llegó a la celda donde tenía el prisionero y lanzó un grito:

—¡Hapham...!

Un terrible escalofrío recorrió su espalda. El colchón estaba empapado de sangre, buena parte de la cual se había extendido por el frío suelo de cemento. Hapham estaba caído hacia atrás. Era fácil ver la espantosa herida causada por la navaja barbera que aún estaba en su mano derecha.

CAPÍTULO X

Durante una semana entera, Terry indagó por todas partes. Llevaba consigo una fotografía de Aura, una ampliación de la última que se había hecho, en el picnic del 4 de julio, y la enseñaba a todo el que creía tenía algún motivo para haberla visto.

Aún tenía presente el horror que se había producido en Limewaters al conocerse la noticia del suicidio de Hapham.

—Además, el mensaje amenazador se había divulgado con la velocidad del rayo. Un tal Noah Kelton sería el siguiente en la lista. ¿Acaso no estaba satisfecha Aura todavía?

Habían sido decenas de personas las que habían tomado parte en el apedreamiento, aunque, según parecía, los muertos fueron los más activos, los que más empeño pusieron en ejecutar aquella bárbara justicia bíblica. Los otros, espectadores hasta cierto punto, habían disfrutado morbosamente con el degradante espectáculo de una mujer arrastrada, pateada, apaleada, apedreada sobre todo, hasta convertirla en una masa sanguinolenta que luego había sido arrojada a las aguas del lago. Casi se maldijo por haber desencadenado aquella tempestad de sangre.

«Ahora sí es la sangre del diablo», pensó.

Si no se le ocurriese haber ido a visitar a Aura...

Pero tenía que suceder, se consoló parcialmente.

Las gestiones para localizarla y entregarle la herencia estaban ya muy adelantadas.

Inevitablemente, habría recibido el dinero y los documentos de propiedad de las dos casas. Era lo que le faltaba para hacerse la cirugía estética y así recobrar el aspecto que tenía antes de la lapidación.

Aun sin él, igualmente se habrían desencadenado sus ansias de venganza. Era una mera cuestión de dinero: mientras Aura malvivió en Armsburgh, dedicándose a hacer faenas caseras, no podía vengarse de los que la habían maltratado.

Necesitaba fondos para, aparte de restaurar su físico, lo que también era muy importante psicológicamente, ya que le había devuelto la seguridad en sí misma, poder vivir con holgura libre e independiente económicamente... y pudiendo, si era necesario, sobornar a quien fuese necesario para la mejor ejecución de sus siniestros planes.

Él no era culpable en absoluto, porque no la había vuelto a ver después de la muerte de los Weaver. En tal caso, habría procurado disuadirla de sus propósitos.

Sí el dinero había facilitado sus planes. Lo confirmo aquella noche, después de nueve días de incesantes pesquisas. El hombre que vio la fotografía, un tipo que, en ocasiones, le había proporcionado valiosos informes, y cuyos medios de vida rozaban cuando no vulneraban la legalidad,

contemplo la imagen, se rascó la mejilla con un sucio pulgar, escupió a un lado y luego dijo:

—Sí, es la doctora Brandon.

Terry respingó.

—Vamos, Matt —dijo—. Esta no es doctora ni cosa que se le parezca...

Matt Harris miró fijamente a su interlocutor.

—¿Por qué la buscas? —preguntó.

Terry sacó un rollo de billetes del bolsillo.

—Habla—invitó.

Harris movió la cabeza.

—Vamos a aquella mesa —indicó—. Pide una botella y dos vasos... y prepara un buen pico.

—Matt, somos viejos conocidos. No me estafes.

Harris guardó silencio hasta que hubo vaciado el segundo vaso. Chasqueó la lengua, sacó medio cigarro ya mordisqueando, lo sujetó con los dientes y, casi ininteligiblemente, dijo:

—Terry, tienes que jurarme una cosa. No me metas en un lío; podría ir a la cárcel.

—¿A quién has asesinado? —preguntó el joven sarcásticamente.

—Di mejor a quién he desenterrado.

Terry se puso rígido, con las manos crispadas en el borde de la mesa.

—Desenterrado...

—La doctora me pidió un esqueleto en buenas condiciones. Tenía que ser de una mujer blanca y de unos veinticinco a treinta años. Dijo que tenía que hacer unas investigaciones científicas y que su laboratorio la había provisto de fondos ilimitados. Diablos, Terry, me pagó dos mil «pavos» por la tarea. Claro que tuve que darle quinientos al guardián nocturno del cementerio...

—Y ella se llevó el esqueleto, claro.

—Acordamos encontrarnos en un punto y yo acudí con una furgoneta y una caja larga, de aspecto corriente. La doctora examinó el esqueleto, tomó incluso las medidas con una cinta métrica y se declaró satisfecha. Ella utilizaba una ranchera, a la que trasladamos la caja. Ya no la he vuelto a ver más.

—De modo que te dijo que era doctora.

—Yo no le iba a pedir el título ni la documentación, Terry —contestó el soplón significativamente.

—Gracias, Matt. ¿Qué te debo?

—Cien «pavos» y silencio.

—En ese aspecto, puedes estar completamente seguro. Pero te daré cincuenta más si me averiguas el nombre de la persona a la que corresponden esos huesos, y todos los detalles que puedas conseguir. No temas, no diré la forma en que he conseguido la información, ni tampoco mencionaré al

guardián del cementerio. Vamos, no me irás a decir que el tipo se pasa la noche en pie, velando el sueño de los difuntos.

Harris soltó una risita.

—Sería tonto —dijo—. De acuerdo, esta misma noche, tendrás lo que deseas.

—Gracias, Matt.

Terry se puso en pie, pero, de súbito, el confidente hizo un gesto con la mano.

—Espera un poco. No sé... quizá no te sirva de ninguna utilidad, pero esa doctora... Es aficionada al submarinismo, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas, Matt?

—Tenía en la plataforma de carga de la furgoneta dos botellas de aire comprimido, como los que usan los escafandristas. Bueno, a decir verdad, estaban tapadas por una manta, pero se corrió un poco al meter la caja y las vi en parte... Ella las tapó de inmediato y, cuando yo le pregunté si le gustaba bucear, me dijo que metiera mis narices en otro sitio, así como suena. Vaya un lenguaje para una doctora.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Terry creyó comprender y emitió una ancha sonrisa.

—No se lo tomes a mal —dijo—. Es una notabilidad científica y últimamente había trabajado mucho.

Eso, quizá, la hizo ser un poco arisca.

—Sí, eso debe de ser. Pero está fenómeno, Terry. Vaya hembra; las cosas que yo iba a hacerle si pudiera pillarla por mi cuenta...

—Olvídala, tiene marido —se despidió el joven.

Y no mentía, porque no se sabía que hubiese fallecido Isaac Holty. ¿Dónde se había metido aquel hombre durante cinco largos años?

* * *

El hombre lloraba como un niño aterrorizado.

—Tiene que protegerme, Zeb... Yo no quiero morir...

Estoy sinceramente arrepentido... No sé qué me sucedió aquel día...

Castle miró con infinito desprecio a Noah Kelton, un tipo alto como un castillo, que estaba absolutamente desmoralizado después de las muertes que se habían producido en Limewaters. Cinco años antes, aquel sujeto había sido uno de los que más habían vociferado contra Aura Holty. Ahora... «Da asco», pensó.

—Tú interviniste en la muerte de Aura Holty —dijo.

—Sí, lo confieso... Méteme en la cárcel, no quiero morir...

—Hapham estaba también preso y murió.

—Pagaré unos maderos fuertes, que no se puedan romper, para que nadie me eche una navaja barbera...

Castle abrió el cajón, en el que guardaba la navaja con la que Hapham

se había cortado el cuello. La había examinado atentamente; no había en el mango otras huellas que las del difunto.

—Si te la dieran, ¿te suicidarías? —preguntó.

Kelton se echó hacia atrás bruscamente al ver la navaja.

—Por todos los diablos, no. ¡Quiero vivir!

—Eso mismo debía de decir Aura cuando la apedreabas, ¿verdad?

Kelton juntó las manos, implorante.

—Estoy arrepentido... Daría cualquier cosa por no haber tomado parte en aquel crimen...

—Eso significa que lo admites.

—Si...

—Tienes que redactar una declaración, confesando todo, con los nombres de los culpables.

—Lo haré, Zeb.

—Y te quedarás en tu casa. Yo no puedo encerrarte en la cárcel.

—Pero... es el único sitio seguro...

—¿De veras? Puede que ya no caigan más navajas barberas, pero alguien tendrá que traerte la comida, Noah.

Kelton sintió que se le ponían los pelos de punta.

—Un veneno... —dijo, con los ojos desorbitados.

—Anda, ve a tu casa y escribe la declaración. Tráemela cuando la tengas completa y firmada. Yo no puedo retenerte en la cárcel.

—¿Por qué? Soy culpable...

—Pero Aura Holty está viva, imbécil.

Kelton se tambaleó.

—Está viva...

—Como lo oyes. El esqueleto que encontramos en el lago es de otra persona.

—Entonces, ¿dónde está ella ahora?

Castle se encogió de hombros.

—No lo sé Y me gustaría saberlo —añadió pensativamente—. De todos modos, escribe la declaración y tráemela.

Kelton abandonó la oficina con más miedo del que había llegado. Inculto y supersticioso, había llegado a pensar en un fantasma. Pero el pensamiento de que Aura seguía con vida, le hizo sentir un frío que llegó hasta la médula de sus huesos.

CAPÍTULO XI

El pueblo aparecía muerto, sumido en un denso silencio. No se veía un alma por la calle, cuando Nina llegó con su jeep frente al almacén de Peasiley. La muchacha se apeó y tendió la mirada a su alrededor.

Sólo se veía a una persona: Zeb Castle, apoyado en la puerta de su oficina. Nina adivinó que Limewaters estaba sumido en el más espantoso terror.

Si Aura había querido vengarse, ciertamente, lo había conseguido, se dijo. Pero ¿eran todos culpables?

El mismo Peastley ¿no había sufrido un tremendo golpe, que casi le cuesta la vida, por defender a la adúltera?

Al cabo de unos segundos, cruzó la acera y entró en el almacén. Peasiley estaba anotando algo en un libro y alzó la cabeza. Sonrió al reconocer a Nina.

—Hola, señorita Rodd —saludó—. ¿Puedo servirle en algo?

—He venido a comprar algunas cosas... ¿Tengo carta? —preguntó. Peastley, además de comerciante, tenía a su cargo la poco movida estafeta de Correos de Limewaters.

—No, no ha llegado nada para usted, señorita.

—Está bien. Le daré una nota... Oiga, ¿qué sucede? No se ve un alma por la calle...

—Están llenos de miedo. Kelton quería que Castle lo encerrase en la cárcel. Pero si ella está viva, no puede hacerlo. Realmente, y aunque tuvieran intención de matarla, no lo consiguieron. Creo que es un delito que ya ha prescrito...

—Para ella, por lo visto, no. Sigue pensando en vengarse.

—Todos se suicidaron. No pudieron soportar los remordimientos. Bueno, Weaver mató a su esposa... y también Hapham, claro...

—Es extraña esa epidemia de suicidios, ¿no le parece?

Peastley se encogió de hombros.

—Estarían vivos si no hubiesen lapidado a Aura, señorita —contestó — Y creo que yo me sentiría en las mismas condiciones, si hubiese tomado parte en aquella salvajada.

—Es posible. Bien, le llamaré mañana por teléfono, para saber si he tenido carta.

—Estaré encantado de atenderla, señorita.

Minutos más tarde, Nina, ayudada por el servicial Peastley, llevaba unos paquetes al jeep. Subió al puesto del conductor, hizo girar la llave del volante, agito la mano y arrancó virando ceñidamente para tomar el camino de vuelta a Barnhut House. Peastley correspondió con un gesto análogo.

Terry detuvo su coche en un punto del camino, donde la distancia a la orilla del lago era mínima. Desde allí se divisaba un encantador panorama del

pueblo, situado en una suave ladera que caía hacia el borde de las aguas Durante unos minutos, permaneció pensativo, contemplando los menores detalles del paisaje.

Trató de hacer unos cálculos mentales. Los datos que había conseguido resultaban sumamente reveladores. De pronto, abrió la portezuela y saltó al suelo.

Atardecía ya. El sol se ocultaría muy pronto. Sin embargo aún había luz suficiente. Paso a paso, se acercó a la orilla y empezó a buscar entre los matorrales. Quizá no encontrase nada, pero si había algo, tenía que estar allí inevitablemente Veinte o treinta metros más arriba y una distancia análoga más abajo...

Al cabo de un buen rato, encontró un saco muy bien oculto entre la maleza. Al verlo, se dijo que nadie lo habría hallado a no ser por pura casualidad... o por interés en buscar pistas. Desató el saco y fue sacando, una por una, las prendas que había en su interior.

Una sonrisa de satisfacción brilló en sus labios. Sus sospechas se confirmaban.

—Muy astuta, diabólicamente lista, pero... ¿por qué? —murmuró.

Consideró que debía dejar el saco donde estaba. Cuando metía la falda, que tenía bolsillos, algo cayó al suelo.

Frunció el ceño. Durante unos segundos, sostuvo con dos dedos aquel objeto. Después de largas reflexiones, decidió dejarlo donde estaba. Tal vez Aura podía volver a recoger el saco.

Minutos más tarde, entraba en el pueblo. Paró frente al almacén. Peastley le acogió con gran amabilidad.

—Hace poco se ha ido la señorita Nina —le informó.

—Magnífico. Precisamente me dirijo a su casa... —Terry Se puso un pitillo en los labios y empezó a tocarse los bolsillos con las manos—. Vaya, olvidé el encendedor.

—Tome, aquí tiene fósforos —dijo Peastley servicialmente—. Puede quedárselos; son obsequio de la casa.

—Muchísimas gracias, Abner.

Terry encendió el cigarrillo y luego guardó la tira de fósforos en el bolsillo.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó, después de la primera bocanada de humo.

—No muy bien. Después del suicidio de Hapham... pero usted estaba aquí la noche en que murió.

—Sí, aunque no me enteré hasta la mañana siguiente.

—Bueno, el pueblo está lleno de pánico. Hoy mismo, Noah Kelton quería que Castle lo metiese en la cárcel. Tiene un miedo horroroso.

—Fue uno de los que apedrearon a Aura, supongo.

—Sí. Teme que ella venga a tomarse el desquite... Pobre hombre, en cierto modo, lo comprendo; igual me pasaría a mí, si estuviese en su pellejo.

—Cosa que, afortunadamente, no sucede. Usted fue una de las pocas personas sensatas que intentaron evitar aquella salvajada. A pesar de no haberlo conseguido, debe sentirse orgulloso de ello.

—Sí, pero no puedo sentirme orgulloso de vivir en un pueblo como éste. Claro que ya tengo montado el negocio y... ¿Adónde podría ir a mis años? Mi mujer murió hace algo más de seis meses, no tengo hijos; lo mismo me da estar en un sitio que en otro, podría decirse, pero ya soy demasiado mayor para poner el colchón en otro sitio.

—Esto pasará. Abner —dijo el joven con acento lleno de seguridad—. Todas las cosas pasan en este mundo..., y el sol vuelve a salir cuando la noche queda atrás. No sé si me entenderá...

—Sí, perfectamente. Muchas gracias, señor Styles; usted me hace sentirme mejor, más optimista.

—Es preciso serlo en este cochino mundo o más vale que nos metamos bajo la cama por el resto de nuestros días. Y ése es un sitio poco agradable —filosofó Terry. Palmeó el hombro del comerciante—. En fin, nos veremos otro rato —se despidió.

—Cuando guste, siempre a su disposición —contestó Peastley con toda amabilidad. Salió a la puerta y contempló la partida del joven en su automóvil, del que ya había encendido los faros, debido a que apenas si quedaba ya luz del día.

Nina oyó ladrar a «Barry» y presintió la identidad del que saltaba alegremente a su alrededor.

Ella le tendió las manos.

—Bien venido —dijo, con ojos muy brillantes.

—El recibimiento supera a todas las esperanzas —sonrió él—. ¿Cómo te encuentras?

—Deseando oír noticias, aunque con la suficiente dosis de paciencia para esperar a que hayas cenado.

—¿Quieres asearte primero?

—Me lavaré las manos, gracias.

Terry acarició la cabeza del mastín y, con la maleta en la mano, subió al primer piso. La mesa estaba ya puesta cuando bajó de nuevo, diez minutos más tarde.

Cenó con magnífico apetito. Nina le contó cosas de sus tareas en las tierras de labor. El observó que la muchacha parecía entusiasmada. Deseó sinceramente que el entusiasmo se mantuviera mientras viviese. Al terminar, ella sirvió café y licor. Terry sacó el paquete de cigarrillos, aunque no encendió ninguno por el momento.

—Bueno —dijo Nina—, ya he agotado la paciencia. Presiento que tienes algo que decirme...

—Sí, aunque no he localizado a Aura. Pero he averiguado detalles muy interesantes. Por ejemplo, se hizo pasar por la doctora Brandon.

—¡Doctora! —Se asombró la chica—. Pero si ella jamás... ¿Por qué,

Terry?

—Para conseguir un esqueleto de una mujer joven, más o menos de su complexión, y después de causarle algunas fracturas, en lugares en donde ella había recibido los golpes más dolorosos, arrojarlo al fondo del lago.

—¡Dios mío! Es una historia fantástica...

—Pero real, Nina. Y eso no es todo, aunque me extraña tu sorpresa. Debieras saberlo ya.

—¿Por qué iba a saberlo? Es la primera noticia que tengo.

—Te escribí una carta...

—No la he recibido. Pregunté esta misma tarde.

Abner dijo que no había correspondencia para mí.

Terry se quedó pensativo unos instantes.

—Eso aclara muchas cosas —dijo al cabo.

—Por favor —rogó ella—. No me tengas sobre ascuas. Habla de una vez, Terry.

—Está bien. Aura compró el esqueleto... Me lo dijo el propio «vendedor», un sujeto que se dedica a toda clase de «operaciones», aparte de proporcionar informes al que los necesita y le paga bien, por supuesto. Sé que fue Aura, porque le enseñé una fotografía. Ante ese individuo, ella se presentó como doctora, naturalmente, para justificar la compra del esqueleto, que, como he dicho, debía reunir determinadas características. Y, como es lógico, empleando el pretexto de importantes experimentos científicos. Si solo se hubiese tratado de enseñar a estudiantes de medicina, podría haber comprado un esqueleto de plástico, que es lo que se suele hacer en la actualidad, dada la escasez de material «original». ¿Has comprendiendo?

Nina asintió. No se perdía una sola palabra de las que pronunciaba el joven.

—Bien, como íbamos diciendo —continuó Terry—, Aura compró el esqueleto y lo llevó al lugar en que, más o menos, había sido arrojada ella cinco años atrás.

Pero fue Aura en persona la pieza atrapada por el anzuelo de Joshua Dingle. —Oh, no... Eso es imposible... ¿Cómo iba a aguantar tanto tiempo sin respirar? Terry sonrió.

—Hermosa, ¿has olvidado para qué sirven las botellas de aire comprimido que utilizan los escafandristas? Nina se tapó la boca con una mano.

—¿Eso hizo?

—Sí Mi informador vio las botellas de aire, cuando le entregó la caja con el esqueleto. Para Aura no le resulto difícil ponerse unas ropas viejas, más o menos parecidas a las que llevaba el día de su lapidación, colocarse las botellas de aire a la espalda y nadar bajo el agua, hasta el lugar donde pescaban los Dingle. Naturalmente, conocía bien sus costumbres y esperó escondida en la orilla, hasta que los vio salir con el bote. Al mismo tiempo, remolcó el esqueleto, que dejo en el lugar donde sabía sería encontrado y con

cuyo hallazgo contribuiría a aumentar más todavía la confusión y el pánico. Era buena nadadora, ella me lo dijo personalmente, de modo que, una vez se situó bajo la barca de los Dingle, cuya silueta podía ver perfectamente desde cinco o seis metros de profundidad, agarró el anzuelo y lo engancho en sus ropas.

»Cuando notó que Dingle tiraba de la caña, se quitó las botellas de aire y la máscara transparente y se dejó llevar a la superficie, tal vez ayudando un poco. Asomó un instante la cara, con lo que pudo tomar aire, y aterró a unos sencillos lugareños, que creyeron de veras haber pescado el cuerpo de una muerta. Dingle la soltó y ella nadó inmediatamente al fondo, se puso de nuevo la boquilla de aire para seguir respirando, se colocó las botellas a la espalda... y tiró del tobillo de Abigail Dingle, para hacer que se hundiera y terminase de morir en el fondo. Cinco minutos más tarde, nadó bajo las aguas hasta la orilla, surgió en el lugar donde no la iban a ver, y aguardó escondida hasta la noche. Se cambió de ropa, buscó su automóvil y se marchó.

—Pero eso no son más que suposiciones, Terry —exclamó Nina—. Está perfectamente urdido, aunque, dime, ¿cómo lo pruebas, suponiendo que sea cierto?

—Tengo pruebas —respondió el joven—. Es más, y aunque por el momento no conozco los motivos, sé que ella tiene un cómplice.

—¡Un cómplice! —dijo Nina, que saltaba en su asiento

—¡Pero, si nadie, excepto nosotros dos y Peastley, sabía que estaba viva!

—Alguien lo sabía, Nina —insistió Terry con grave acento—. Y tengo que preguntarle los motivos.

—¿Es de Limewaters?

—Sí.

—¿Su esposo, tal vez?

—No.

—Por Dios, Terry, me vas a matar...

El joven se echó a reír. Se puso un cigarrillo en los labios, arrancó un fósforo de la tira que le había dado Peastley y, tras prenderlo, acercó la llama al extremo del pitillo.

—Cuando decidió ser pescada, Aura llegó a la orilla del lago y, vestida de «cadáver» que iba a ser pescado, se puso a esperar el momento oportuno para lanzarse al agua. Debía de sentirse un poco nerviosa, porque encendió un cigarrillo. O quizá fueron dos, pero el número no importa demasiado. El caso es que encontré las ropas de la «muerta», en un saco escondido entre la maleza de la orilla.

Después de conocer el detalle de las botellas de aire comprimido, ya imaginaba lo que podía haber pasado, así que empecé a buscar. Los fósforos que ella utilizó están hechos una pasta, pero el cartón de la tira y el anuncio impreso son de buena calidad se conservan aceptablemente. Otra cosa es que hubieran permanecido sumergidos durante semanas enteras, ya que entonces

se habrían disuelto en el agua. Pero como máximo, estuvieron mojándose un par de horas... Hice la prueba en una tira de fósforos, ¿sabes?

—Presiento que en esa libreta de fósforos está la clave,

Y en la carta que te escribí, contándote todo esto y que no ha llegado a tu poder. Te lo anticipaba, porque quena encontrar el lugar donde Nina había hecho su aprendizaje de escafandrista y no sabía cuánto tardaría en volver

—No he recibido la carta declaro la muchacha.

—Porque se la quedó el mismo que, tiempo atrás, dio unos fósforos a Aura Holty.

La libreta de cerillas voló sobre la mesa, resbalo fue a parar a manos de la dueña de la casa. Los ojos de ella se dilataron enormemente.

—El —murmuró—. Pero si intento defenderla...

—Acaso ahora ha estimado la venganza de Aura como justa y ha colaborado con ella, ¿no te parece?

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Nina, lentamente, dijo:

—¿Sólo lo hizo por esa razón, Terry?

—Quizá haya otra... y yo me la imagino, pero tendría que preguntárselo al interesado.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

Nina se estremeció.

—Iré contigo—dijo.

—Quédate en casa...

—No. Lo he decidido. Iremos los dos. Castle Es la ley, en el pueblo, recuérdalo.

—Muy bien, no se hable más. Así como así, yo también tengo ganas de acabar con esta pesadilla.

Y hablaremos con

Nina se puso en pie.

—Iré a cambiarme de ropa —anunció—. Terry, ¿te das cuenta que parece como si por las venas de Aura corriese la sangre del diablo?

—Aunque sólo sea metafóricamente, es una frase de absoluta exactitud —contestó el joven.

CAPÍTULO XII

Agarrado con manos convulsas al embozo de las sábanas Noah Kelton contemplaba horrorizado la aparición que había surgido repentinamente en su cuarto.

—Me conoces, ¿verdad? —dijo ella.

—Yo no lo quería hacer...

—Eres un cobarde, como todos los que tomaron parte en mi asesinato.

—Pero estás viva... Lo ha dicho el alguacil...

—Ese estúpido —contestó Aura despectivamente— Me ahogué en lo hondo del lago, después de haber sido salvajemente apedreada... Tú me acompañaras ahora al infierno, Noah.

—Oh por el amor de Dios, perdóname...

—Yo también pedía perdón, pero nadie escucho mis suplicas —De súbito, Aura rodeó un poco la cama y se acercó a su alterado ocupante

Kelton extendió las manos con gesto suplicante. Aura, de pronto, le arrojó un chorrito de gas a la cara.

—¿Qué me haces? —lloró Kelton.

Aura impasible, retrocedió. Aguardó durante unos segundos y tras sacar algo del bolsillo, lo arrojo sobre el pecho de Kelton.

—¡Mátate!

Kelton tomó la navaja con mano insegura.

—Clávatela, mátate...

La mano de Kelton subió lentamente.

—¡Mátate, mátate!

La navaja bajó con súbito golpe y se hundió hasta el mango. Kelton se arqueó convulsivamente. Aura adivinó que, pese a la narcosis, podía gritar y se arrojó sobre él, tapándole la boca con una mano.

Aguantó así, hasta que las agónicas sacudidas del cuerpo de su víctima se hubieron convertido en una absoluta inmovilidad.

Dejó la navaja en el cadáver. No encontrarían huellas; la había limpiado antes cuidadosamente y, durante todo el tiempo, había usado guantes. En silencio, apagó la luz y salió de la casa.

—Si me permite una sugerencia, Zeb...

—Adelante, Styles —contestó el policía.

—Deje que vaya yo primero.

—Esto es algo irregular —gruñó Castle.

—No más de lo que ellos han hecho, me parece.

—Pero nosotros debemos actuar dentro de la ley...

—Oh, vamos, vamos, dejemos de lado ciertos escrúpulos.

Ella está en Limewaters. Hemos encontrado su automóvil.

—¿Sospechaba que vendría?

—Nina preguntó hoy, ayer, mejor dicho, si había una carta para mí.

Abner contestó negativamente, porque ya la había destruido. O quizá ocultado, para que Aura pueda leerla. Entonces, la habrá llamado por teléfono... y también para que pudiera cumplirse la amenaza contra Kelton.

Castle asintió ceñudamente. Todo lo que decía Terry no sólo tenía lógica sino que, además, era cierto.

Apenas hacía diez minutos que habían encontrado a Kelton, con una navaja hundida en el pecho hasta el mango. Después de buscar, y hallar, la ranchera de Aura, habían corrido a casa de Kelton. No llegaron a tiempo.

—Y no podrá escapar, porque le deshinché un par de ruedas —añadió el joven—. Bien, ¿me deja entrar?

—No tenemos llave —objetó Castle.

En la oscuridad, Terry soltó una risita.

—No se preocupe por esa minucia —contestó.

El almacén estaba cerrado. Peastley tenía su vivienda en el piso superior y podía llegar a ella tanto desde la tienda, como por una puerta lateral. Terry y Nina y el policía se hallaban junto a dicha puerta.

Con gran cuidado Terry sacó un manojo de ganzúas y probo una hasta encontrar la adecuada. La puerta giro en completo silencio.

Castle conocía la distribución de la vivienda, en la que había estado en más de una ocasión, lo que le había permitido informar al joven. Paso a paso, subió al piso superior, deteniéndose en el rellano.

Estuvo así unos segundos. Al girar repentinamente hacia su derecha tropezó con algo redondo y cálido. A duras penas, contuvo una imprecación.

—¡Abajo, Nina! —ordenó con un siseo.

Ella se frotó el seno derecho.

—Ten cuidado para la próxima—contesto.

—A ver si te crees que lo he hecho intencionadamente.

—Hum, no me extrañaría, tipo disoluto

Terry elevo silenciosamente los ojos al cielo. De pronto sonaron voces y risitas no lejos del lugar en que se hallaban.

Pisando de puntillas, se acercó a la puerta de donde procedían los sonidos. Milímetro a milímetro hizo girar el picaporte y abrió una rendija por la que no habrían podido pasar su dedo menique, pero, suficiente, en cambio, para poder escuchar a la perfección cuando se hablaba en el dormitorio.

—Bien —dijo Aura— creo que ya tenemos suficiente.

—Habrá todavía un poco de miedo en el pueblo, pero se les ira pasando. Tú te ocuparas de las operaciones ¿No es cierto?

—Descuida eso queda de mi cuenta. ¿Cuándo volverás?

—Sería conveniente dejar pasar una buena temporada.

—¿Qué te parece algo así como seis meses?

—No está mal. Es una lástima que ese entrometido descubriese que estabas viva...

—También lo descubriste tú y te lo callaste.

—Bueno, pero yo...

—Ellos se han suicidado. Las dos mujeres, fueron asesinadas por sus esposos. Nadie puede culparnos de lo sucedido. Ni siquiera Styles, aunque sepa que estoy viva.

—Eso sí es verdad —admitió Peastley.

—Por tanto, resultará lógico que te encargues de realizar esas operaciones. Pero... te haré una advertencia, Abner.

—Sí, Aura.

—No me engañes. No intentes quedarte con lo que pertenece a los dos. No vivirías mucho tiempo después, ¿comprendes?

—¿Crees que podría engañarte? Esto se convertirá en una mina de oro antes de un año. Habrá más que suficiente para los dos...

De pronto, Peastley se acercó codiciosamente a la mujer.

—Aura —dijo, después de tragar saliva.

—¿Sí, Abner?

—Ha... hace más de siete meses que estoy solo...

Aura rió de un modo peculiar.

—Pobrecito —dijo, acariciándole la cara—. Necesitas una hembra, ¿no es cierto?

—No me tortures, Aura; te he ayudado mucho... Incluso, escondiéndote en casa...

Ella seguía sonriendo. Lentamente, empezó a desvestirse, prenda por prenda. Terry apreció que Peastley tenía el rostro congestionado.

Cuando terminó, Aura se puso las manos sobre la cabeza. Sus senos se elevaron, se adelantaron, retadores, tremendamente excitantes.

—Dime, Abner, ¿cuándo habías visto una cosa semejante?

El comerciante se arrojó sobre ella con furia incontenible. Terry decidió que no debía perder ya más tiempo y empujó la puerta bruscamente.

—Hola —saludó con jovial acento.

Aura chilló, mientras Peastley saltaba hacia atrás blasfemando espantosamente. Nina apartó la vista a mí lado, asqueada por la escena que había podido contemplar durante unos instantes.

—¡Terry! —gritó Aura, mientras se precipitaba sobre sus ropas ¿Qué haces aquí?

Algo voló por los aires y fue a caer a los pies del aturdido Peastley. La cara del comerciante pasó del rojo más intenso al blanco de la lividez.

—Por alguna parte debe de haber una carta mía que no ha entregado a su destinataria, Abner —dijo Terry fríamente— Aura he encontrado las ropas en la orilla del lago. Hay tira de fósforos idéntica en el bolsillo de la falda. ¿Quieres que te diga otra cosa? El esqueleto hallado en el fondo del lago pertenecía a una joven muerta de cáncer, llamada Nancy Coburn. También he encontrado la escuela en donde aprendiste las mínimas e indispensables nociones de escafandrismo. ¿Te das cuenta que esto lo dice todo?

En los ojos de Aura lucía un resplandor de odio infinito. Peastley en cambio, permanecía con la boca abierta, completamente estupidizado. Terry

se dio cuenta de que su inesperada aparición había derrumbado por completo unos proyectos en los que había puesto todos sus sueños. ¿Qué proyectos?

Se pregunto

—Ellos se suicidaron —continuó el joven, impasible—. Pero seguramente, no lo hicieron por propia voluntad

—Estuve más de un año en el hospital. Aprendí mucho sobre narcóticos —respondió Aura con voz tensa.

—Sí, me lo imagino.

—Y tú me diste la idea...

—Pero lo que yo hacía era inofensivo para las personas Quitarle un poco de dinero a una persona, no es lo mismo que sumirla para que se dé muerte a sí misma o que asesine a otra, como hizo Weaver.

Aura, orgullosa, irguió el cuerpo.

—¿Podrás probarlo? —le desafió.

Terry se tocó el lado izquierdo del pecho.

—Tengo un magnetófono. He grabado todo lo que habéis dicho hasta el momento en que abrí la puerta.

Peastley lanzó un gemido y se ocultó la cara con las manos.

—¡Estoy perdido!—sollozó.

—¡Cállate, imbécil! —Le apostrofó Aura—. Tú supiste encontrarme; de siempre sabías que tenía una casa en Armsburgh. Aunque es cierto que aquel día quisiste salvarme, después ideaste el plan y yo debía tomar parte importante en ello... porque sospechabas que no estaba muerta. Mi cuerpo tendría que haber subido a la superficie pasados algunos días y no fue así. Contabas con mis ansias de venganza, ¿no es cierto?

Peastley no tenía fuerzas para hablar. Aura se volvió hacia el joven.

—Sí, él me buscó. Incluso estaba decidido a ayudarme económicamente, para que pudiera someterme a la cirugía plástica. Pero tú habías llegado unos días antes y, aunque rechacé su dinero, el plan me pareció magnífico. Tendría la venganza... y la mayor parte de las tierras que bordean el lago. Pertenecían a los que han muerto. Ahora no valen nada; en este pueblo miserable no hay iniciativa ni espíritu de progreso... Pero es un sitio maravilloso apenas se pasa el invierno y hasta que llega el otoño siguiente. —Aura sonrió cínicamente— Habrás oído hablar de la especulación del suelo, supongo —añadió.

—Conque era eso —murmuró Terry—. Peastley habría adquirido los terrenos a bajo precio...

—Exacto. Hay millones que ganar en esa operación.

—Y, supongo, sólo murieron los que poseían tierras en esa zona, aunque no fueran quizá tan culpables como otros.

Aura emitió una risa despectiva.

—No merecían vivir —contestó con salvaje acento de odio. De repente, se abalanzó sobre su bolso, lo abrió con rápido gesto y sacó una pistola que Terry había visto ya en una ocasión—. Abner, apúntales con el

arma.

Peastley retrocedió.

—No...

—¡Bastardo! ¡Estás metido en esto hasta el cuello!

En cuanto se preocupen de investigar a fondo, sabrán que fuiste tú el que puso el aviso destinado a Kelton. ¡Apúntales con el arma y deja que me vista!

—No podrás escapar, Aura —dijo Terry gravemente.

—Lo que no va a suceder es que me pillen por segunda vez —contestó ella agriamente, a la vez que empezaba a vestirse.

Terminó muy pronto, ya que se puso simplemente el vestido, sin preocuparse del resto de las prendas. Luego arrebató la pistola de un manotazo al aturdido Peastley y se encaminó hacia la puerta.

—Apártate, Terry. Usted también, muchacha. Terry asió el brazo de Nina y se alejó de la puerta. Aura salió al pasillo, sin dejar de apuntarles con el arma. Sonrió.

—Es una lástima que tengamos que despedirnos de esta forma —dijo —. Pero la vida no siempre resulta como uno querría que fuese.

Mientras ella corría escaleras abajo, Terry pensó en el alguacil. Castle aguardaba abajo, en la puerta.

Pero no sucedió nada. Terry oyó claramente el taconeo de Aura que se alejaba con rapidez. Asombrado, descendió la escalera a saltos y se encontró con Castle tendido en el suelo.

El policía se quejaba sordamente. Nina apareció de pronto a su lado.

—¡Mírala, va hacia el lago! —gritó.

La luna iluminaba claramente la silueta de la mujer que se movía con rapidez en busca de la salvación.

Terry se lanzó en su persecución.

—¡Atiende a Castle! —ordenó.

—¡Ten cuidado, Terry!

El joven corrió con ciertas precauciones. Aura, pensó, tomaría un bote... pero no podría alejarse con demasiada rapidez, a base solamente de manejar los remos. De pronto, oyó un inconfundible petardeo.

Apretó los puños. Había olvidado que algunos de los vecinos de Limewaters poseían embarcaciones con motor fuera de borda. La estela del bote despidió millares de chispas plateadas al ser herida por los rayos de la luna.

Junto al embarcadero, Terry contempló impotente la fuga de Aura. Pero aún había un medio de atraparla.

El automóvil de Aura tenía dos ruedas deshinchadas. Pediría a Castle su revólver y...

Súbitamente, el motor se detuvo.

El bote estaba a unos trescientos metros de la orilla. Terry oyó un agudísimo alarido y vio que Aura se ponía en pie, convulsa por el terror que la

había acometido tan inesperadamente.

Otra sombra surgió ante la mujer. Aura volvió a chillar.

La respuesta fue una macabra carcajada. El hombre se abrazó a Aura y la empujó fuera del bote. Los dos cayeron juntos, provocando un estallido de espumas de plata.

Terry reaccionó enseguida. Cuando desamarraba uno de los botes, oyó la voz de Nina. Volvió la cabeza. Nina y Castle, éste con paso inseguro, se acercaban al embarcadero. Me sorprendió por detrás, ese bastardo... —gruñó el policía—. No sé quién diablos puede ser...

Terry intuyó la verdad.

—Vamos, salten; es preciso hacer algo por salvarlos...

Pero cuando llegaron al lugar donde se había sumergido la pareja, no encontraron el menor rastro de vida. Terry hundió incluso un remo, con la esperanza de que alguien se agarrase a aquel medio de salvación.

La única señal que subió del fondo fueron unas cuantas burbujas, luego, la superficie del lago recobró su tersura habitual.

«Barry» ladró y saltó alegremente, cuando reconoció al visitante que acababa de apearse del vehículo.

Nina apareció segundos después en la puerta.

—Has tardado un poco —dijo.

—He tenido que liquidar mis... negocios.

—Devolviendo el dinero de las estafas, ¿eh?

—Sólo en un caso. Los demás, recuérdalo, me lo dieron voluntariamente.

—Ah, sólo un caso...

—Sí, un avaro llamado Phileas Enning. Pero había muerto ya y habló con sus herederos. Se rieron mucho cuando les conté lo sucedido. Hasta lo celebraron en grande. Enning no tenía muchas simpatías ni siquiera en su familia. Por eso mismo me perdonaron la deuda.

—¿Era mucho?

—Veinticinco mil.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Nina.

Terry paseó la vista por los campos del contorno. Luego entornó los ojos.

—Era Isaac el que la esperaba en la barca, después de haber golpeado a Castle —murmuró—. Volvió, supo que estaba con Peastley...

—Y vio que ella seguía siendo la misma.

Nina se estremeció. Los cadáveres de los dos esposos habían aparecido en el fondo del lago, estrechamente abrazados. Pero no habían muerto ahogados.

Holty había apuñalado a su esposa, en el momento de lanzarse fuera de la embarcación. Debajo ya del agua, se había cortado el cuello.

—Peastley confesó, tengo entendido —dijo Terry al cabo.

—Sí, se sintió perdido cuando oyó lo del magnetófono...

—Era mentira.

De nuevo hubo silencio. «Barry», sentado sobre sus cuartos traseros, miraba alternativamente a los dos jóvenes, mientras meneaba suavemente la cola.

—Terry, ¿quieres entrar en casa? —dijo Nina, después de unos segundos.

—Espera un poco. ¿Nieva aquí durante el invierno?

—Pues claro que sí. Y hasta se hiela el lago... ¿Por qué lo preguntas?

El joven sonrió.

—Estaba pensando en los campos completamente blancos y una chimenea encendida, tú y yo, y el perro dormitando junto al fuego...

—Sí, pero no me gustan los vagos ni los parásitos.

—Trabajaré.

—Tampoco me gustan los mentirosos y trapaceros.

—No mentiré.

—En tal caso, entra, Terry.

FIN